



Consejo de Seguridad

Septuagésimo séptimo año

9036^a sesión

Jueves 19 de mayo de 2022, a las 11.00 horas

Nueva York

Provisional

Presidentes: Sr. Blinken/Sra. Thomas-Greenfield/Sr. DeLaurentis. (Estados Unidos de América)

Miembros:

Albania	Sra. Xhaçka
Brasil	Sr. Costa Filho
China	Sr. Zhang Jun
Emiratos Árabes Unidos	Sra. Nusseibeh
Federación de Rusia	Sr. Nebenzia
Francia	Sr. De Rivière
Gabón	Sr. Adamo
Ghana	Sra. Botchwey
India	Sr. Muraleedharan
Irlanda	Sr. Brophy
Kenya	Sra. Omamo
México	Sr. Villalobos Arámbula
Noruega	Sra. Tvinnereim
Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte	Dame Barbara Woodward

Orden del día

Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales

Los conflictos y la seguridad alimentaria

Carta de fecha 12 de mayo de 2022 dirigida al Secretario General por la Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas (S/2022/391)

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los *Documentos Oficiales del Consejo de Seguridad*. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, a la Jefatura del Servicio de Actas Literales, oficina U-0506 (verbatimrecords@un.org). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).

22-35450 (S)



Documento accesible

Se ruega reciclar



Se abre la sesión a las 11.05 horas.

Aprobación del orden del día

Queda aprobado el orden del día.

Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales

Los conflictos y la seguridad alimentaria

Carta de fecha 12 de mayo de 2022 dirigida al Secretario General por la Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas (S/2022/391)

El Presidente (*habla en inglés*): Permítaseme comenzar dando una calurosa bienvenida al Secretario General y a los distinguidos ministros y otros representantes de alto nivel que nos acompañan hoy. Su presencia pone de relieve la importancia del tema que examinaremos.

Cada participante tiene ante sí la lista de oradores que han solicitado participar en el debate abierto de hoy de conformidad con los artículos 37 y 39 del Reglamento Provisional del Consejo, así como la práctica habitual del Consejo en ese sentido. Proponemos que se los invite a participar en esta sesión.

De conformidad con el artículo 39 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a los siguientes ponentes a participar en esta sesión: el Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sr. Qu Dongyu; el Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, Sr. David Beasley, y la Fundadora y Directora General de Gro Intelligence, Sra. Sara Menker.

El Consejo de Seguridad comenzará ahora el examen del tema que figura en el orden del día.

Deseo señalar a la atención de los miembros del Consejo el documento S/2022/391, que contiene una carta de fecha 12 de mayo de 2022 dirigida al Secretario General por la Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas, por la que se transmite una nota conceptual sobre el tema objeto de examen.

Tiene ahora la palabra el Secretario General, Excmo. Sr. António Guterres.

El Secretario General (*habla en inglés*): Cuando se hace la guerra, la gente pasa hambre. Alrededor del 60 % de las personas desnutridas del mundo viven en zonas de conflicto. Ningún país es inmune. En abril, el Programa Mundial de Alimentos y sus asociados

distribuyeron alimentos y dinero en efectivo a más de 3 millones de ucranianos. Hasta marzo, su país alimentaba al mundo con una oferta abundante de alimentos.

Agradezco al Gobierno de los Estados Unidos que se haya centrado en esa cuestión crucial durante su Presidencia del Consejo de Seguridad.

El año pasado, la mayoría de los 140 millones de personas que padecían hambre aguda en el mundo vivían en solo diez países: Afganistán, República Democrática del Congo, Etiopía, Haití, Nigeria, Pakistán, Sudán del Sur, Siria y Yemen. Ocho de esos países figuran en el programa de trabajo del Consejo.

Que no quepa duda: cuando el Consejo examina un conflicto, examina la cuestión del hambre. Cuando adopta decisiones sobre el mantenimiento de la paz y las misiones políticas, adopta decisiones sobre el hambre. Y cuando sus miembros no alcanzan un consenso, las personas que pasan hambre pagan un alto precio.

(continúa en francés)

Al nivel más elemental, los conflictos armados generan hambre, ya que los combates destruyen las explotaciones agrícolas y las fábricas, hacen que las personas abandonen sus cosechas, provocan escasez y hacen subir los precios. En la actualidad, el impacto de los conflictos se ve agravado por la crisis climática y la inseguridad económica, que se ha visto agravada por la pandemia. En consecuencia, se están desbaratando decenios de progresos en la lucha contra el hambre. Lo constaté con mis propios ojos cuando visité el Sahel hace dos semanas.

El Níger, por ejemplo, tiene que vérselas con grupos extremistas armados e incursiones transfronterizas llevadas a cabo desde Malí y Nigeria. Solo el 6 % de su población tiene la pauta de vacunación completa contra la enfermedad por coronavirus. Clasificado en el último lugar en el índice de desarrollo humano, el Níger se cuenta no obstante entre los diez países más vulnerables a la crisis climática. El número de personas que afronta la inseguridad alimentaria aguda en el Níger se ha duplicado con creces en los dos últimos años y, a menos que se dé una respuesta inmediata, esa cifra podría alcanzar los 4 millones este año. El Níger y sus vecinos necesitan urgentemente un esfuerzo internacional coordinado a gran escala para fortalecer los vínculos entre la paz, la acción humanitaria, la adaptación a los efectos del cambio climático y el desarrollo sostenible.

(continúa en inglés)

Para contribuir a responder a esta crisis cada vez mayor, hoy me complace anunciar que vamos a

desembolsar 30 millones de dólares del Fondo Central para la Acción en Casos de Emergencia destinados a satisfacer las necesidades urgentes de seguridad alimentaria y nutrición en el Níger, Malí, el Chad y Burkina Faso. Sin embargo, es un grano de arena en el desierto. Con ello, la financiación entregada a través del Fondo Central para la Acción en Casos de Emergencia en el Sahel desde principios de año asciende a casi 95 millones de dólares.

Asimismo, siento una enorme preocupación por la situación de la seguridad alimentaria en el Cuerno de África, que está sufriendo la sequía más larga de los últimos cuatro decenios. Más de 18 millones de personas se están viendo afectadas y el Programa Mundial de Alimentos (PMA) ha advertido de que millones de personas en Somalia se enfrentarán a la hambruna dentro de unos meses. El peligroso estado de la seguridad alimentaria en Etiopía y Somalia se ve agravado por los conflictos constantes y la profunda inseguridad. En todo el mundo, 49 millones de personas de 43 países se encuentran en situación de emergencia por el hambre, en el nivel 4 de la Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases, a un paso de la hambruna. Dicho de otro modo, se enfrentan a la inanición y hacen todo lo que pueden para sobrevivir. Como siempre, las mujeres y las niñas son las más afectadas, lo que se refleja en las tasas cada vez más elevadas de trata de personas, matrimonio forzado y otros abusos. Más de medio millón de personas en Etiopía, Sudán del Sur, el Yemen y Madagascar se encuentran ya en el nivel 5 de la Clasificación, es decir, en condiciones catastróficas o de hambruna.

La guerra en Ucrania está agregando ahora una dimensión nueva y aterradora a ese panorama de hambre mundial. La invasión rusa de su vecino ha acabado con sus exportaciones de alimentos. Las subidas de precios de los alimentos básicos, de hasta un 30 %, amenazan a la población de países de África y Oriente Medio, como el Camerún, Libia, Somalia, el Sudán y el Yemen. Durante mi última visita, hablé de la preocupante situación con los dirigentes del Senegal, el Níger y Nigeria. Confirmaron que nos encontramos al borde de una tormenta perfecta que amenaza con ser devastadora para las personas y las economías.

Nuestras operaciones humanitarias se están preparando para ayudar, respaldadas por un historial de éxito probado. El año pasado, los organismos humanitarios y sus asociados ayudaron a librar a seis condados de Sudán del Sur de la amenaza de la hambruna. Durante los últimos seis años de conflicto en el Yemen, también se

aseguraron de que los peores resultados no se materializaran, y la ayuda alimentaria llegó a más de 10 millones de personas al mes en 2021. No obstante, los organismos humanitarios también están sufriendo las consecuencias del aumento de los precios. En África Oriental, el coste de la asistencia alimentaria aumentó un 65 % de media el último año. El PMA ya se ha visto obligado a reducir su ayuda a 8 millones de personas que padecen hambre en el Yemen.

Estimo que hay cuatro medidas que los países pueden tomar ahora para acabar con la dinámica mortal del conflicto y el hambre. En primer lugar, deben invertir en soluciones políticas para poner fin a los conflictos, prevenir otros nuevos y forjar una paz sostenible. Lo más importante es poner fin a la guerra en Ucrania. Exhorto a todos los miembros del Consejo a que hagan todo lo que esté en su mano para silenciar las armas y promover la paz en Ucrania y en todas partes.

En segundo lugar, el derecho internacional humanitario, como se refleja en la resolución 2417 (2018), especifica que los bienes y suministros esenciales para la supervivencia de los civiles —como los alimentos, los cultivos y el ganado— deben protegerse. También establece que el personal humanitario debe tener acceso sin trabas a los civiles necesitados. El Consejo tiene un papel fundamental a la hora de exigir el cumplimiento del derecho internacional humanitario y buscar la rendición de cuentas cuando se infringe la ley. Lo insto a que adopte todas las medidas posibles para cumplir esa función.

En tercer lugar, los riesgos interconectados de la inseguridad alimentaria, la energía y la financiación requieren una coordinación y un liderazgo mucho mayores. Hay suficientes alimentos para todo el mundo. El problema es la distribución, que está sumamente vinculada a la guerra en Ucrania. En marzo, creé el Grupo de Respuesta a la Crisis Mundial de la Alimentación, la Energía y las Finanzas para proporcionar datos y análisis y proponer soluciones. El Grupo recomendó inmediatamente levantar todas las restricciones a la exportación de alimentos, liberar las reservas estratégicas y asignar los excedentes a los países necesitados.

Como dije ayer en la reunión ministerial del Llamamiento a la Acción en favor de la Seguridad Alimentaria Mundial, a pesar de la guerra, toda solución válida para acabar con la inseguridad alimentaria mundial exige la reintegración de la producción agrícola de Ucrania y la producción de alimentos y fertilizantes de Rusia y Belarús en los mercados mundiales. Estamos trabajando para encontrar una solución global que permita a

Ucrania exportar alimentos no solo por ferrocarril, sino también a través del mar Negro, al tiempo que se lleva la producción rusa de alimentos y fertilizantes a los mercados mundiales sin restricciones. Para ello, será necesaria la buena voluntad de todos los países implicados.

En cuarto lugar, los donantes deben financiar íntegramente los llamamientos humanitarios. Casi a mitad de 2022, nuestros planes mundiales de respuesta humanitaria solo están financiados en un 8 %. En términos mundiales, son cantidades minúsculas. Insto a todo el mundo a que demuestre la misma generosidad que se ha mostrado con Ucrania a todos los demás países necesitados. La asistencia oficial para el desarrollo es más necesaria que nunca. Desviarla a otras prioridades no es una opción cuando el mundo está al borde del hambre masiva. De hecho, las profundas conexiones entre el conflicto y el hambre hacen que la generosidad no sea solo un acto de altruismo. Alimentar a las personas hambrientas es una inversión en la paz y la seguridad mundiales.

En nuestro mundo de abundancia, nunca aceptaré la muerte por hambre de un solo niño, mujer u hombre. Tampoco deberían hacerlo los miembros del Consejo.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias al Secretario General por su exposición informativa.

Doy ahora la palabra al Sr. Beasley.

Sr. Beasley (*habla en inglés*): Quisiera dar las gracias al Secretario General por sus observaciones.

Cuando el Comité del Premio Nobel otorgó el Premio Nobel de la Paz al Programa Mundial de Alimentos en 2020, transmitió al mundo el mensaje inequívoco de que la seguridad alimentaria es fundamental para lograr la paz y la estabilidad en todo el mundo. Lo que estamos viendo ahora es una destrucción insólita de los valores que tanto apreciamos: alimentar a los pobres y ayudar a las personas necesitadas en todo el mundo.

Antes de que se produjera la crisis de Ucrania, avisé a los dirigentes de todo el mundo de que nos enfrentábamos a una tormenta sin precedentes, una tormenta perfecta causada por el conflicto, el cambio climático y la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19). Justo cuando pensábamos que no podía ser peor, la situación en Etiopía se agravó. De nuevo, pensamos que no podía ser peor, pero entonces se deterioró la situación en el Afganistán. Y después, cuando de verdad pensábamos que las cosas ya no podían ir peor, estalló el conflicto en Ucrania. Como ha mencionado el Secretario General, eso se suma a las zonas que luchan contra la sequía y la hambruna, como el Sahel y el Cuerno de África, además

de otros lugares del mundo que podría seguir enumerando. En cuanto a las personas que se encuentran al borde de la inanición, las cifras han aumentado, pasando de 80 millones a 135 millones antes de la COVID-19 y de 135 millones a 276 millones como consecuencia de la pandemia. A causa de la crisis de Ucrania, esa cifra aumentará por lo menos a 323 millones.

Lo que resulta sumamente preocupante es que de esos 276 millones de personas que se encuentran al borde de la inanición, con dificultades por encontrar alimentos a diario y viviendo en la precariedad, hay 49 millones en 43 países, como ha dicho muy claramente el Secretario General, que están rozando la hambruna. Si consideramos esos 49 millones de personas en esos 43 países y los índices económicos derivados del deterioro económico a lo largo del tiempo, incluidas las sequías, es posible constatar los 43 países que podrían perfectamente desestabilizarse y enfrentarse a una hambruna que provocaría no solo muertes, sino también disturbios y migraciones masivas.

Nos enfrentamos verdaderamente a una crisis sin precedentes. Como consecuencia de la tormenta perfecta de 2022, los precios de los alimentos son nuestro principal problema ahora mismo, pero es muy probable que en 2023 el problema sea la disponibilidad de alimentos. Cuando un país como Ucrania, que cultiva alimentos suficientes para alimentar a 400 millones de personas, queda fuera del mercado, se produce la inestabilidad que estamos viviendo en este momento. En 2007 y 2008, todos fuimos testigos de lo que ocurre cuando los precios se descontrolan. Más de 40 países tuvieron que hacer frente a disturbios políticos, revueltas y protestas. En este mismo instante, ya se están produciendo revueltas y protestas en Sri Lanka, Indonesia, el Pakistán y el Perú. Ya hemos visto dinámicas desestabilizadoras en el Sahel, Burkina Faso, Malí y el Chad. Son meras muestras de lo que está por venir. Tenemos suficiente experiencia histórica para entender las consecuencias que conlleva la inacción. Sabemos que tenemos un problema cuando el país considerado el granero del mundo se convierte en el país con las colas de pan más largas.

Como ha dicho claramente el Secretario General, ahora estamos llegando a aproximadamente 4 millones de personas en Ucrania. De hecho, en estos momentos estamos aumentando a 900.000 personas las transferencias en efectivo, lo que devolverá la liquidez al mercado, pero eso no resolverá el problema fuera de Ucrania. Por eso debemos poner en funcionamiento esos puertos. Debemos vaciar los silos para ayudar a estabilizar la crisis alimentaria a la que nos enfrentamos en todo el mundo.

Más de 36 países importan de esa región el 50 % o más de los cereales que consumen. Al tener en cuenta esos países, además de los 43 que he mencionado, junto con otros índices económicos y la deuda que ha generado la enfermedad por coronavirus, empezamos a entender por qué el mundo es tan frágil. Por lo tanto, debemos responder. De verdad, no abrir los puertos de la región de Odesa será una declaración de guerra a la seguridad alimentaria mundial y provocará hambruna, desestabilización y migraciones masivas en todo el mundo.

Muchos de los presentes han estado sobre el terreno y han hablado con los más pobres entre los pobres. Hay más madres que me han dicho cosas como: “Sr. Beasley, mis hijos no han comido en dos semanas”, “mi marido ha tenido que unirse a un grupo extremista para seguir vivo”, “tenemos que emigrar” o “tenemos que elegir entre el combustible para la calefacción y el aceite para cocinar”. Cuando una madre tiene que elegir entre que su hijo muera de frío o de hambre, algo va mal, sobre todo cuando en la actualidad hay tanta riqueza en el planeta: una riqueza de más de 430 billones de dólares.

El problema solo empeorará, puesto que la producción en todo el mundo disminuirá. Hemos hablado con los Ministros de Agricultura y las autoridades para maximizar la producción lo más rápido posible. ¿Cómo podemos conseguir que los fertilizantes vuelvan al mercado? El otro día el Banco Africano de Desarrollo presentó estadísticas aterradoras. Solo África necesitaría nuevos fertilizantes por valor de más de 2.000 millones de dólares debido a los costos, si es que puede conseguirlos, porque los pequeños agricultores dependen de ellos. Eso representaría una pérdida de aproximadamente 11.000 millones de dólares en la producción de alimentos solo en África, que ya está sufriendo los efectos de esa tormenta perfecta de la que hablamos.

Es hora de que nosotros y los dirigentes mundiales hagamos todo lo que esté en nuestra mano para lograr la estabilidad de los mercados, puesto que las cosas van a empeorar. No obstante, tengo esperanza. Hemos evitado la hambruna. Hemos evitado la desestabilización en los últimos años porque muchos en el Salón dieron un paso adelante. Cumplimos nuestro deber y podemos volver a hacerlo. Hay cosas que deben hacerse, como abrir los puertos, estabilizar los mercados y aumentar la producción en todo el mundo. Superaremos esta tormenta, pero debemos actuar. Debemos actuar con urgencia y debe ser hoy.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias al Sr. Beasley por su exposición informativa.

Tiene ahora la palabra el Sr. Qu Dongyu.

Sr. Qu Dongyu (*habla en inglés*): La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) agradece encarecidamente la oportunidad de intervenir ante el Consejo de Seguridad con respecto a este tema importante y la continua atención que se presta a la cuestión de los conflictos y la seguridad alimentaria.

Hace dos años, informé al Consejo sobre los múltiples riesgos a los que se enfrentaba la seguridad alimentaria mundial al comienzo de la pandemia (véase S/2020/340). Hoy nos reunimos de nuevo por las personas, la paz, la prosperidad y el planeta para hablar de varias crisis superpuestas en la esfera de la seguridad alimentaria, como la seguridad sanitaria, el cambio climático, la inseguridad alimentaria, la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19) y los conflictos.

En todo el mundo se está perdiendo la prosperidad que se había logrado. Hay menos seguridad alimentaria, menos seguridad sanitaria, menos ingresos y más desigualdad. El mensaje que he venido a transmitir hoy es más pertinente que nunca. La agricultura es uno de los elementos fundamentales para la paz y la seguridad duraderas.

En los últimos cinco años hemos asistido a un nuevo repunte del nivel mundial de hambre aguda. Según el *Global Report on Food Crises*, que se publicó el 4 de mayo de este año, en 2021 padecieron inseguridad alimentaria aguda aproximadamente 44 millones de personas más que en 2020, con lo que el total asciende a 193 millones de personas en 53 países y territorios. Es preocupante que la previsión para 2022 sea de un mayor deterioro, incluso en lugares con inseguridad alimentaria catastrófica. Hay riesgo de hambruna en el Yemen, Somalia, Sudán del Sur y el Afganistán.

La FAO ha redoblado sus esfuerzos para fortalecer los sistemas agroalimentarios, salvar vidas y proteger los medios de subsistencia agrícolas de las poblaciones más vulnerables del mundo. Con su análisis de vanguardia, su labor normativa, su orientación sobre políticas mundiales y nacionales y su asistencia vital, la FAO ayuda a las personas, las comunidades y los Gobiernos a afrontar la incertidumbre creciente. Sin embargo, es necesario hacer más de consuno.

Los conflictos siguen siendo la principal causa del hambre. Entre 2018 y 2021, el número de personas en situación de crisis en los países en los que el conflicto fue la principal causa de la inseguridad alimentaria

aguda registró un aumento sobrecogedor de un 88 %, hasta algo más de 139 millones de personas.

Cuando el mundo comenzaba a recuperarse de la COVID-19, estalló otro conflicto con efectos de gran alcance. La guerra en Ucrania reavivó la preocupación por el aumento de los precios de los alimentos y la energía hasta niveles sin precedentes y sus repercusiones en todo el mundo. La guerra ha interrumpido las exportaciones y la logística y ha afectado de gravedad a la disponibilidad de alimentos. Entre Ucrania y la Federación de Rusia exportan el 30 % de los cereales y el 67 % de las semillas de girasol del mundo. El aumento de los precios de la energía y los fertilizantes pone en peligro la próxima cosecha mundial. Según nuestras hipótesis más recientes, la subalimentación crónica podría registrar un aumento de 18,8 millones de personas de aquí a 2023.

Somos vecinos en esta pequeña aldea planetaria. Lo que le ocurre a uno nos afecta a todos. La FAO seguirá suscribiendo plenamente el llamamiento del Secretario General para poner fin a la guerra, restablecer la paz y salvar vidas. Debemos reforzar el nexo entre la acción humanitaria, la asistencia para el desarrollo y la consolidación de la paz. Tenemos que analizar las causas raigales de la inseguridad alimentaria aguda, incluidos los conflictos y el cambio climático, y aplicar esas lecciones a nuestros actos. La FAO lo hace por medio del análisis de la Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases, que goza de gran aceptación, la codirección de la Red Mundial contra las Crisis Alimentarias y la codirección del grupo mundial en el sector de la seguridad alimentaria.

Debemos evitar que se aceleren las tendencias de inseguridad alimentaria aguda en los próximos meses y años. Hay que ampliar la producción de alimentos en el plano nacional. Tenemos que proporcionar dinero en efectivo e insumos críticos para la producción de cereales y hortalizas, así como proteger el ganado con tratamientos, vacunas, piensos y agua. Las cadenas de suministro y las cadenas de valor en el sector agroalimentario deben reforzarse con la colaboración de los sectores público y privado en apoyo de los pequeños agricultores y los hogares. Eso es lo que la FAO ha venido llevando a cabo en Ucrania, el Afganistán y otros países. En 2021, la FAO llegó a más de 30 millones de personas en todo el mundo con asistencia agrícola de emergencia y programas de fomento de la resiliencia. Por ejemplo, en el Afganistán asistimos a 3 millones de personas, entre otros medios con paquetes para el cultivo de trigo, que cuestan apenas 160 dólares cada uno y satisfacen las necesidades básicas de cereales de una

familia de siete personas durante todo un año. En los mercados locales, el costo de la misma cantidad de alimentos es seis veces superior. Nuestro apoyo contribuyó a que los ganaderos aumentaran la producción de leche a un nivel que permitirá que cada niño afgano pueda tomar un vaso de leche al día durante al menos cinco meses. En Etiopía, a pesar de las dificultades de acceso, las semillas y los materiales de siembra proporcionados por la FAO y sus asociados en el sector agrícola hicieron posible que los agricultores locales produjeran 900.000 toneladas de alimentos, cinco veces más que el abastecimiento humanitario y comercial de alimentos que llegó a la región.

No obstante, a pesar de la importancia fundamental de la agricultura para la disponibilidad de alimentos y el acceso a ellos en contextos de crisis, solo el 8 % de la financiación total del sector humanitario en la esfera de la seguridad alimentaria se destina a la agricultura. Debemos proteger a las personas, los sistemas agroalimentarios y las economías frente a futuras crisis. Con el fin de evitar que los conflictos empeoren la inseguridad alimentaria, debemos aumentar la productividad sostenible, reforzar las capacidades para ofrecer los servicios y los productos básicos pertinentes, así como facilitar el acceso a instrumentos financieros y servicios digitales innovadores. Los miembros deben transformar con urgencia sus sistemas agroalimentarios para que sean más eficientes, inclusivos, resilientes y sostenibles, con miras a alcanzar una mejor producción y nutrición, un mejor medio ambiente y una vida mejor, sin dejar a nadie atrás.

En los últimos tres meses estuve en Bangladesh, donde los agricultores están utilizando la innovación para mejorar la producción de arroz. Este mes, viajé a Azerbaiyán para reunirme con jóvenes agricultores que están produciendo siete toneladas de trigo de invierno por hectárea, utilizando una nueva variedad de trigo y sistemas de riego y fertilizantes adecuados. Este año se ha duplicado la producción. Ayer me reuní con el Sr. Villalobos Arámbula, Ministro de Agricultura y Desarrollo Rural de México, donde la producción de maíz en algunas provincias se ha duplicado gracias al uso de nuevas variedades de maíz, nuevos fertilizantes y sistemas de riego. Así que hay muchas posibilidades. Espero sinceramente que los Estados continúen proporcionando la ayuda necesaria para mitigar la inseguridad alimentaria a nivel mundial, asignen nuevos recursos para sostener la producción agrícola en contextos difíciles y reconozcan y apoyen el papel de la agricultura en la seguridad alimentaria y la paz, así como las contribuciones de organizaciones internacionales como la FAO, el

Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola y el Programa Mundial de Alimentos. Sobre la base de mis conocimientos y experiencia profesionales, creo que podemos alimentar al mundo de forma suficiente y sostenible con las herramientas de que ya disponemos si todos ponemos de nuestra parte.

En este gran país de América, las tierras de regadío pueden producir dos veces más que las tierras que no son de regadío y las tierras de secano. Solo el 18 % de las tierras cultivables de este país son de regadío. En Asia, es del 48 % al 60 %; en Europa, el 12 %; en África, solo el 3 %, y en América Latina, alrededor del 20 %. Por consiguiente, animo encarecidamente a todos los Estados y asociados aquí representados a que mejoren su gestión del agua y sus sistemas de riego. El rendimiento no depende solo de Dios, sino de nuestra tecnología y la inversión en infraestructura. Por ese motivo, debemos recurrir al potencial de la innovación, la ciencia y la inversión responsable. Durante muchos años, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo, se ha dejado de invertir en la agricultura de las zonas rurales. Recomiendo encarecidamente que el Sr. Blinken y otras personas examinen esas cuestiones, como la soja y otros temas de más trascendencia. Necesitamos por lo menos de 10 a 20 años de estudio de la ciencia de la soja. Con semillas de soja de calidad, el rendimiento de las semillas puede mejorar entre un 20 % y un 30 %. Lo mismo sucede con el rendimiento del arroz híbrido, donde se observa un aumento de entre el 30 % y el 50 %, y con el maíz híbrido, que puede registrar un aumento de entre el 30 % y el 40 %. El Sr. Villalobos es un experto en fitogenética. La tecnología está ahí. Las herramientas están ahí. Necesitamos un compromiso político firme y una inversión responsable. Debemos colaborar con el sector privado y lograr que todos los asociados clave participen. Por eso debemos insistir en la importancia de las iniciativas conjuntas.

Los Estados pueden poner en práctica políticas que aumenten la productividad y protejan los recursos naturales. Siempre decimos que debemos producir más y mejor con menos, pero ¿menos qué? ¿Es menos impacto, menos insumos o menos efectos negativos en el medio ambiente? La solución es la tecnología, así como las políticas y la gestión adecuadas. Podemos invertir más en innovación y nuevas tecnologías, sobre todo en la gestión hídrica, los sistemas de riego y los insumos agrícolas de calidad, incluidos los fertilizantes, y en sistemas más transparentes de información sobre los mercados. Los sistemas agrícolas proporcionan los alimentos, los piensos, las fibras y los biocombustibles, incluido el

biogás. De modo que la agricultura no solo proporciona alimentos, piensos, cultivos de fibra y biocombustibles, que son auténticas fuentes renovables de energía, sino que también sustenta el futuro de los habitantes de este pequeño planeta: los agricultores.

El 19 de mayo de 1943, nuestros predecesores convocaron la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Alimentación y Agricultura en Hot Springs (Virginia, Estados Unidos). ¿Fue el destino? ¿Es una coincidencia? ¿Qué día es hoy? Hoy es 19 de mayo. Setenta y nueve años después, recordemos que nuestros fundadores se dieron cuenta de que la FAO tenía un papel fundamental que desempeñar en la búsqueda de la paz. Escribieron,

“[I]a Organización para la Alimentación y la Agricultura nace de la necesidad de paz, así como de la necesidad de vivir libres de la miseria. Ambas son interdependientes. El progreso hasta vivir libres la miseria es esencial para una paz duradera”.

Desde entonces, 79 años después, muchas cosas han cambiado, pero hay algo que sigue siendo igual. El mundo necesita suficientes alimentos, buenos alimentos y mejores alimentos para todos. Invertir en nuestros sistemas agroalimentarios es más importante que nunca. Trabajemos juntos con eficacia y coherencia.

Aprendí del Secretario General cuando cambió del inglés al francés. Ahora concluiré mi intervención en chino. En las Naciones Unidas hay seis idiomas oficiales, así que escribí un poema especial para el Presidente.

(continúa en chino)

La montaña es alta y las personas dependen de los alimentos para poder sobrevivir. Debemos permanecer unidos, trabajando juntos, al servicio de los millones de personas de todo el mundo.

El Presidente *(habla en inglés)*: Doy las gracias al Sr. Qu Dongyu por su exposición informativa.

Tiene ahora la palabra la Sra. Menker.

Sra. Menker *(habla en inglés)*: Sr. Presidente: Le doy las gracias por haberme invitado a dirigirme al Consejo de Seguridad. Es un honor estar hoy aquí para destacar y reafirmar que, en realidad, la seguridad alimentaria contribuye a la seguridad nacional y la estabilidad mundial.

Antes de presentar algunas perspectivas basadas en datos sobre el estado de nuestros sistemas alimentarios mundiales, permítaseme hablar brevemente al Consejo de Seguridad sobre Gro Intelligence. Gro es

una empresa que se fundó para ayudar a abordar dos de los mayores retos a los que se enfrenta la humanidad: la seguridad alimentaria y el cambio climático. Somos una empresa mundial con oficinas en Nairobi, Singapur y Nueva York. Nuestro equipo procede de más de 40 países, desde Etiopía, mi país de origen, hasta Rusia, Nigeria, la India, los Estados Unidos, China y Ucrania. Somos una empresa de expertos en infraestructura de software, climatología, agronomía, comercio y mercados financieros. Lo combinamos con capacidades de ingeniería e inteligencia artificial de primer nivel. Trabajamos con empresas grandes y pequeñas, instituciones financieras y Gobiernos.

Hoy vengo a presentar nuestros datos, con la esperanza de que todos los aquí presentes aprovechemos el poder de cambiar el curso de la historia y decidamos hacerlo.

Para comenzar, deseo decir explícitamente que la crisis de seguridad alimentaria no se desencadenó a raíz del conflicto entre Rusia y Ucrania. El conflicto simplemente echó más leña a un fuego que ardía desde hacía tiempo, una crisis cuyos temblores detectamos mucho antes de que la pandemia de enfermedad por coronavirus revelara la fragilidad de nuestras cadenas de suministro. Lo digo porque consideramos importante que todo el mundo entienda que, incluso aunque la guerra terminara mañana, sin medidas concertadas, nuestro problema de seguridad alimentaria no desaparecería en un futuro cercano.

Pasemos ahora a las estadísticas. Según las estimaciones de Gro Intelligence, el aumento de los precios de los principales cultivos alimentarios en lo que va de año ha provocado la inseguridad alimentaria de 400 millones de personas más. Se publican pocas estadísticas sobre alimentación y seguridad, por lo que quería especificar que nos referimos al número de personas que viven con 3,59 dólares al día. Aunque se trata de un estándar más general, refleja un acercamiento a la inanición. Para ponerlo en perspectiva, eso equivale al número de personas que China ha sacado de la pobreza en los últimos 20 años. En cinco meses hemos desandado 20 años de progreso.

Además, nuestros modelos relativos a las crisis económicas muestran que las variaciones de los precios de los productos agrícolas en lo que va de año ya han afectado entre un 3 % y un 5 % del producto interno bruto de algunas economías. Los países más afectados se encuentran en regiones como el Norte de África y Oriente Medio, el Cuerno de África y Asia Occidental y Central. Y puede ser mucho peor. Según muestran los

datos, los problemas de seguridad alimentaria a los que nos enfrentamos durarán varios años.

De manera simultánea, se están presentando cinco grandes problemas, cada uno de ellos insólito: la falta de fertilizantes, las alteraciones climáticas, el bajo nivel de existencias de aceites de cocina, el bajo nivel de existencias de cereales y las trabas logísticas que ya han empezado a causar retrocesos tras decenios de progreso económico mundial. Si no se adoptan medidas mundiales coordinadas que sean sustantivas, inmediatas y agresivas, correremos el riesgo de que todo ello genere un sufrimiento humano y unos daños económicos excepcionales. Esto no es cíclico; es radical. Se trata de un acontecimiento singular que puede reconfigurar drásticamente la era geopolítica.

Pasemos ahora a hablar de los cinco problemas.

El primero es el fertilizante. Los precios mundiales de los fertilizantes casi se han triplicado de un año a otro y se han cuadruplicado en los últimos dos años, debido a las crisis de suministro provocadas por las trabas logísticas, las restricciones del gas natural, que afectan a la capacidad de producir fertilizantes, y las sanciones y restricciones a la exportación en el marco de la guerra entre Rusia y Ucrania. Eso plantea el riesgo de que este año y el próximo se produzcan reducciones considerables del rendimiento de los cultivos en las principales regiones productoras, como el Brasil, los Estados Unidos y Europa Occidental, lo que repercutirá enormemente en la seguridad alimentaria y la inflación mundiales durante los próximos tres a cinco años, como mínimo.

El segundo problema tiene que ver con el clima. En relación con el trigo, se enfrentan las peores condiciones de sequía mundial de los últimos 20 años. Los principales graneros, como los Estados Unidos y el Brasil, que son los mayores exportadores de productos agrícolas del mundo, también están sufriendo sequías extremas. La humedad de las tierras de cultivo del Brasil, por ejemplo, se encuentra en el nivel más bajo de los últimos 20 años. Los principales importadores de cereales de Oriente Medio y África también están sufriendo sequías sin precedentes. En resumen, tanto los principales importadores como los principales exportadores están enfrentando condiciones de sequía excepcionales.

El tercer problema son los aceites de cocina. El precio del aceite de palma, tradicionalmente barato, casi se ha triplicado en los dos últimos años, incremento impulsado por el aumento de la demanda de biocombustibles, la sequía en regiones que producen aceites de cocina alternativos, como el Brasil y el Canadá, la demanda de

importaciones sin precedentes de China y la pérdida de casi el 75 % de las exportaciones mundiales de aceite de girasol debido a la guerra entre Rusia y Ucrania. La reciente prohibición de las exportaciones en Indonesia, el mayor productor mundial de aceite de palma, responsable del 60 % de la producción mundial, ha agregado una importante presión al alza sobre los precios de los aceites vegetales.

El cuarto problema está relacionado con los cereales. Las estimaciones de los organismos públicos de todo el mundo sitúan las existencias de trigo en un 33 % del consumo anual. Los datos verificables de fuentes públicas y privadas que nuestra empresa organiza y luego utiliza para crear modelos estadísticos que los relacione en nuestra plataforma muestran que las existencias mundiales de trigo están, de hecho, más cerca del 20 %, un nivel que no se veía desde la crisis financiera y de productos básicos de 2007 y 2008. En la actualidad, solo contamos con diez semanas de consumo mundial en las existencias de todo el mundo. Las condiciones actuales son peores que las que se vivieron en 2007 y 2008. Cabe señalar que los niveles actuales de existencias de cereales son los más bajos que jamás se hayan visto, mientras que el acceso a los fertilizantes es muy limitado y la sequía en las regiones productoras de trigo es la más extrema desde hace más de 20 años. El maíz y otros cereales también son motivo de preocupación. Las estimaciones de los Gobiernos no cuadran.

El quinto y último problema es la logística. Rusia y Ucrania solían suministrar casi un tercio de las exportaciones mundiales de trigo y ambas se encuentran entre los cinco principales exportadores de maíz del mundo. En conjunto, solían exportar el 75 % del suministro mundial de aceite de girasol. Todos los puertos ucranianos permanecen cerrados, por lo que es imposible transportar los cereales cosechados por Ucrania a través de sus fronteras. Si se utiliza el ferrocarril, se transportará menos del 10 % del flujo anterior a la guerra, lo cual no es suficiente. Las exportaciones rusas, entre las que también se encuentran los fertilizantes, se ven limitadas por los riesgos marítimos del mar Negro.

Cualquiera de los cinco elementos que he señalado se consideraría un problema importante en los mercados de productos básicos. La combinación de los cinco es verdaderamente inaudita.

Hoy acudo al Consejo no para ofrecer o dar soluciones concretas, pues habrá otros foros para hacerlo, sino para presentar una radiografía y un diagnóstico del problema a quienes en este Salón tienen el poder

de cambiar el curso de la historia. En un mundo cada vez más aislacionista, tenemos que unirnos. La alimentación es personal, pero nuestros sistemas agrícolas son mundiales. No existe una versión del mundo en la que todos los países tengan los recursos naturales que necesitan para sobrevivir y prosperar.

Uno de los principales aportes de nuestros datos es la frecuencia con la que vemos ejemplos repetidos de causa y efecto, lo que pone de manifiesto conexiones e interdependencias sorprendentes. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el país más autosuficiente del mundo, el precio de la cesta de alimentos ponderada por el consumo —la cesta de la compra— se ha duplicado desde abril de 2020. El aumento de los precios se vio impulsado por una demanda sin precedentes en todo el mundo, además de las perturbaciones de la oferta relacionadas con el clima. No podemos solucionar la inseguridad alimentaria a escala nacional en ningún sitio.

De lo que estamos firmemente convencidos es de que podemos tener una economía saludable y un sistema alimentario seguro sin degradar nuestro medio ambiente. Tenemos la capacidad de ayudar a todo el mundo a tener seguridad alimentaria.

Los datos nos ayudan a mantener el rumbo porque no pasamos por alto los riesgos ni los resultados relacionados con la seguridad alimentaria. No podemos decir que no lo sabíamos. Hay soluciones y enfoques positivos que pueden ofrecerse y aplicarse, pero requerirán un esfuerzo mundial coordinado. Todos dependemos unos de otros.

Para concluir, ¿qué información aportan los datos sobre el riesgo y las interdependencias? Según los datos, al igual que la crisis financiera mundial de 2008, hay grietas y señales de alerta temprana similares a las de un terremoto, que parecen inconexas en el plano mundial, pero no lo son.

¿Qué información nos aportan los datos sobre la esperanza? Según los datos, aunque es probable que los próximos años sean difíciles por la confluencia atípica estadísticamente de los cinco problemas que he mencionado, podemos coordinar una respuesta mundial, evitar la mentalidad individualistas en cuanto a la seguridad alimentaria y el riesgo climático, estar dispuestos a mantener conversaciones constructivas, aunque difíciles, y aceptar de manera conjunta que lo que tenemos que abordar no es tanto una escasez de alimentos, sino más bien una crisis de prioridades.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias a la Sra. Menker por su exposición informativa.

A continuación formularé una declaración en calidad de Secretario de Estado de los Estados Unidos de América.

Doy las gracias al Secretario General, al Director Ejecutivo David Beasley, al Director General Qu Dongyu y a la Directora General de Gro Intelligence Sara Menker. Les agradezco sus magníficas exposiciones informativas ante el Consejo, que nos presentan con claridad los hechos y los desafíos a los que nos enfrentamos. Les doy las gracias por su labor diaria con respecto a una cuestión realmente crucial para la humanidad.

Nos reunimos en un momento de hambre mundial sin precedentes, que, como se ha señalado, se ve atizada por el cambio climático y la enfermedad por coronavirus y agravada por los conflictos. De hecho, los conflictos en todo el mundo están impulsando cada vez más esta crisis. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y el Programa Mundial de Alimentos, el número de personas afectadas por la inseguridad alimentaria debido a los conflictos pasó de unos 100 millones de personas en 2020 a aproximadamente 139 millones en 2021, y se estima que serán 161 millones en 2022. El Banco Mundial considera que la guerra de Rusia en Ucrania podría añadir otros 40 millones de personas a ese total.

Ayer, los Ministros de más de 30 países se reunieron aquí, en las Naciones Unidas, para deliberar sobre los factores que impulsan la inseguridad alimentaria mundial y avanzar en la búsqueda de soluciones, por ejemplo, satisfaciendo la necesidad urgente de alimentos, fertilizantes y financiación humanitaria, así como invirtiendo más en la resiliencia de la agricultura y de las poblaciones vulnerables. Por su parte, los Estados Unidos anunciaron otros 215 millones de dólares en concepto de asistencia alimentaria de emergencia, que se suman a la asistencia alimentaria humanitaria por valor de 2.300 millones de dólares que han proporcionado desde febrero. Quisiera dar las gracias a todos los países que han contribuido y alentar a los demás a que se sumen a nosotros.

En 2018, el Consejo aprobó la resolución 2417 (2018), por la que se condenaba la práctica de hacer padecer hambre a la población civil como método de guerra y se señalaba que podía constituir un crimen de guerra. No obstante, en los años que han transcurrido desde que se aprobó la resolución, el problema no ha hecho más que agravarse. El flagrante desprecio de la Federación de Rusia por la resolución es solo el último ejemplo de un Gobierno que hace pasar hambre a los civiles para intentar lograr sus objetivos. Asimismo, es otro ejemplo de

cómo Rusia está violando el orden internacional basado en normas, que es parte integrante de la seguridad y la prosperidad que comparten todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas; un orden que el Consejo, y en particular sus miembros permanentes, tiene la responsabilidad de mantener, defender y reforzar.

En el Consejo, algunos miembros han utilizado en repetidas ocasiones expresiones con las que lamentan el sufrimiento causado por la guerra y piden a todas las partes que le pongan fin. No utilicemos la jerga diplomática para ofuscar hechos claros. La decisión de librar esta guerra es única y exclusivamente del Kremlin. Si Rusia dejara de luchar mañana, la guerra terminaría. Si Ucrania dejaran de luchar, el país dejaría de existir. La guerra de agresión no provocada de Rusia ha paralizado el comercio marítimo en grandes extensiones del mar Negro. Además, ha hecho que la región sea insegura para la navegación, ha frenado las exportaciones agrícolas ucranianas, como se ha señalado, y ha puesto en peligro la oferta mundial de alimentos. Desde el 24 de febrero, las operaciones navales rusas han demostrado la intención de controlar el acceso al noroeste del mar Negro y al mar de Azov, con el fin de bloquear los puertos ucranianos.

A nuestro juicio, se trata de un esfuerzo deliberado que se pone de manifiesto en una serie de medidas que ha tomado el Gobierno ruso. El primer día de la invasión, Rusia emitió una advertencia pública a todos los miembros de que importantes zonas del mar Negro estaban cerradas al tráfico comercial y básicamente las cerró a la navegación. Desde entonces, el ejército ruso ha bloqueado en repetidas ocasiones el paso seguro hacia Ucrania y desde esta mediante el cierre del estrecho de Kerch, el refuerzo de su control sobre el mar de Azov y el posicionamiento de buques de guerra frente a los puertos ucranianos. Rusia ha atacado los puertos ucranianos en múltiples ocasiones.

Esas y otras acciones han cortado en la práctica todo el tráfico naval comercial en el puerto de Odesa y sus alrededores. La Federación de Rusia ha extrapolado esos ataques en tierra, mediante ataques repetidos a la infraestructura civil ucraniana fundamental para la producción y el transporte de alimentos, como el agua, la electricidad y las líneas ferroviarias, la destrucción de las instalaciones ucranianas de almacenamiento de grano y el robo de las reservas de alimentos en las partes de Ucrania que ocupa ilegalmente.

Las consecuencias de esos actos han sido devastadoras. El abastecimiento de alimentos para millones de

ucranianos y más millones de personas en todo el mundo ha quedado literalmente secuestrado por el ejército ruso. El Programa Mundial de Alimentos estimó recientemente que un tercio de los ucranianos padece inseguridad alimentaria, con los niños, las mujeres embarazadas y los ancianos en mayor riesgo de malnutrición. En ciudades asediadas como Mariúpol, las fuerzas rusas han bloqueado repetidamente la entrega de alimentos y otros tipos de asistencia vital a decenas de miles de civiles atrapados. Una madre que escapó recientemente de la ciudad habló de la agonía de ver a su hija de 6 años sufrir las punzadas diarias del hambre y no poder hacer nada al respecto. “Solo sollozaba —dijo— y gritaba tapándome con una almohada cuando nadie podía verme”. Ella y sus hijos acabaron escapando, pero muchos millares de personas siguen atrapadas.

El Gobierno de Rusia parece creer que utilizar los alimentos como arma lo ayudará a conseguir lo que su invasión no ha conseguido: quebrar el espíritu del pueblo ucraniano. Sin embargo, los ucranianos hacen lo imposible por alimentar a su pueblo y al mundo. Los agricultores de Ucrania siguen arriesgando la vida para producir trigo y otros cultivos. Muchos han regresado a los campos, que ahora están sembrados de minas. Llevan chalecos antibalas y cascos mientras cosechan.

Además, como se ha expresado con firmeza esta mañana, no solo los ucranianos están sufriendo como consecuencia de las acciones del Gobierno ruso; aproximadamente 20 millones de toneladas de cereales se encuentran sin utilizar en los silos ucranianos, mientras la oferta mundial de alimentos disminuye y los precios se disparan, lo que provoca que más personas en todo el mundo padezcan inseguridad alimentaria. Eso incluye a países que ya sufren una enorme presión. El Secretario General aludió a varios de ellos, como el Líbano, que suele obtener el 80 % de sus importaciones de trigo de Ucrania, y Somalia, que ya estaba al borde de la hambruna incluso antes de que los tanques rusos entraran en Ucrania y que ahora debe hacer frente al aumento de los costos del trigo y la harina.

La Federación de Rusia afirma falsamente que las sanciones de la comunidad internacional tienen la culpa de que haya empeorado la crisis mundial de alimentos. No son las sanciones las que bloquean los puertos del mar Negro o capturan barcos llenos de alimentos o destruyen las carreteras y los ferrocarriles ucranianos, sino Rusia. No son las sanciones las que vacían los silos de grano ucranianos y roban la maquinaria agrícola ucraniana, sino Rusia. No son las sanciones las que impiden a Rusia exportar alimentos y fertilizantes. Las

sanciones que han impuesto los Estados Unidos y muchos otros países incluyen de manera deliberada excepciones para los alimentos, los fertilizantes y las semillas procedentes de Rusia. Además, colaboramos con otros países todos los días para asegurarnos de que entienden que las sanciones no impiden el flujo de esos artículos. No, la decisión de utilizar los alimentos como arma es única y exclusivamente de Moscú.

Eso no solo lo digo yo. Incluso el Vicepresidente del Consejo de Seguridad de la Federación de Rusia y ex-Presidente ruso, Dmitry Medvedev, afirmó recientemente que los productos agrícolas de Rusia eran su “arma silenciosa”. A continuación, añadió: “Silenciosa, pero funesta”.

El Consejo tiene la responsabilidad singular de responder a la crisis actual, que constituye una amenaza grave para la paz y la seguridad internacionales. El primer paso es reprender al Kremlin de manera firme e inequívoca por sus atrocidades en Ucrania y por empeorar la crisis mundial de alimentos mediante una guerra de agresión no provocada. En concreto, los miembros del Consejo y, en realidad, todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas deben presionar a Rusia para que deje de emprender acciones que empeoran más si cabe la crisis alimentaria en Ucrania y en todo el mundo.

Debe dejar de bloquear los puertos del mar Negro y el mar de Azov; debe permitir la libre circulación de barcos, trenes y camiones que transporten alimentos fuera de Ucrania; debe dejar de impedir que los alimentos y otros suministros vitales lleguen a los civiles de las ciudades ucranianas asediadas; y debe dejar de amenazar con retener las exportaciones de alimentos y fertilizantes de los países que critican la guerra de agresión de Rusia. Todo esto es fundamental para salvar vidas en Ucrania y para salvar vidas en todo el mundo.

La Federación de Rusia no es el único Gobierno u organización que utiliza la inseguridad alimentaria para sus propios fines cínicos. En Sudán del Sur, los grupos armados y las partes en conflicto han bloqueado durante años la asistencia humanitaria a los civiles. Los expertos calculan que hasta 7 millones de personas se enfrentarán a crisis de inseguridad alimentaria en sus países este año. En Siria, con el apoyo constante del Kremlin, el régimen de Al-Assad ha asediado comunidades como la parte oriental de Al-Guta y provocado la inanición generalizada de su propia población. También obstaculiza en forma cotidiana la entrega transfronteriza de ayuda humanitaria que salva vidas, pues roba el cargamento de los convoyes de las Naciones Unidas e incluso

los ataca, como hemos debatido en repetidas ocasiones en el Consejo de Seguridad. El Consejo debe denunciar constantemente a los Gobiernos y los grupos armados cuando utilicen tácticas similares, como atacar los medios de producción y distribución de alimentos, impedir que la ayuda humanitaria llegue a los necesitados y asediar a la población civil.

Las Naciones Unidas se crearon con el objetivo de promover los derechos humanos e impedir que se cometan atrocidades, como la utilización del hambre como arma contra la población civil, como sucedió durante el bloqueo de Leningrado por los nazis, en el que se calcula que perdieron la vida 1 millón de rusos, muchos de los cuales murieron de hambre –una de las víctimas fue el hermano de 1 año del Presidente Putin– o durante el Holodomor, en el que millones de ucranianos murieron de hambre como consecuencia de una campaña soviética de colectivización forzada y terror.

De nosotros depende que la historia no se repita, que el pasado no sea un prólogo. Es así de simple. De eso depende la vida de millones de personas.

Vuelvo a asumir ahora las funciones de Presidente del Consejo de Seguridad.

Tiene ahora la palabra la Ministra de Relaciones Exteriores de Ghana.

Sra. Botchwey (Ghana) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Quisiera darles las gracias a usted y a la delegación de los Estados Unidos por haber destacado el importantísimo tema de los conflictos armados y la inseguridad alimentaria durante su Presidencia del Consejo de Seguridad este mes. Asimismo, quisiera dar las gracias al Secretario General António Guterres, al Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, al Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y a la fundadora y Directora General de Gro Intelligence por sus exposiciones informativas. Valoramos sus útiles perspectivas sobre los conflictos armados y la inseguridad alimentaria.

El Consejo de Seguridad no es ajeno a los desgarradores informes sobre la hambruna y otras formas de inseguridad alimentaria causadas por los conflictos en diversas partes del mundo. Millones de personas, sobre todo niños, han sufrido o perecido por la inseguridad alimentaria en los difíciles períodos de conflicto que ha tenido que soportar mi propio continente, en particular en los últimos tres decenios. Los sistemas alimentarios de los países en conflicto suelen colapsar, con graves

consecuencias para la economía, los medios de subsistencia y el nivel de vida.

Esos efectos estaban localizados, y los que vivíamos fuera del escenario de la guerra nos implicábamos solo en la medida en que nuestra conciencia nos obligaba a actuar, incluso acogiendo a refugiados o interviniendo mediante operaciones de apoyo a la paz. Sin embargo, hoy en día, quizás por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, observamos el efecto de un conflicto en la seguridad alimentaria en todos los países, en todos los hogares y en todas las personas. Vivimos juntos la profunda ansiedad de una economía mundial que se encuentra en aguas inexploradas, azotada por vientos en contra e inciertos.

En este contexto, Ghana acoge con beneplácito la importante contribución que hace la resolución 2417 (2018) al reconocer las interrelaciones que existen entre los conflictos y el hambre. Todavía queda mucho por hacer para aumentar la resiliencia de los sistemas alimentarios y mejorar el respeto mundial de las normas relativas al derecho de la población a la alimentación, independientemente de la situación del conflicto, e incorporar los objetivos de consolidación de la paz en la creación de sistemas alimentarios resilientes, con un posterior entrelazamiento de los objetivos de seguridad alimentaria en los programas y actividades de consolidación de la paz.

Al cumplirse este mes el cuarto aniversario de la aprobación de la resolución 2417 (2018) por parte del Consejo, los acontecimientos mundiales que están ocurriendo siguen siendo un duro y triste recordatorio de los debilitantes vínculos que existen entre los conflictos armados, el hambre y la seguridad alimentaria. A pesar de que la actual crisis de inseguridad alimentaria mundial es anterior a la invasión rusa de Ucrania, la guerra ha puesto claramente de manifiesto la naturaleza interconectada y la fragilidad de los sistemas alimentarios mundiales, con graves consecuencias para la seguridad alimentaria y nutricional mundial, en particular para los países y grupos de población vulnerables.

La crisis alimentaria a la que se enfrentan ahora millones de ciudadanos del mundo, sobre todo en África, que es la más afectada, no puede esperar hasta que tengamos un resultado perfecto entre todos los Estados. Lo que se necesita ahora son acciones decididas que apoyen los esfuerzos de los países en desarrollo, como la Posición Común Africana en favor de los sistemas alimentarios sostenibles. Esas acciones deben centrarse en el fomento de la resiliencia de las economías y los sistemas alimentarios.

La magnitud y la eficacia de los esfuerzos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial para cubrir el déficit de financiación en África en respuesta a la pandemia de enfermedad por coronavirus mediante, entre otras cosas, mecanismos de vía rápida, financiación de emergencia para contingencias, así como la emisión de derechos especiales de giro por parte del FMI, ofrecen un modelo para abordar la escasez a corto plazo y fomentar la resiliencia. También es necesario que las partes en conflicto adopten medidas para facilitar el traslado de alimentos y fertilizantes a través de los puertos del mar Negro y otras vías de transporte, y pedimos a quienes estén en condiciones de hacerlo que actúen en interés de la cooperación internacional y los valores de nuestras Naciones Unidas.

Nos alienta el papel que pueden desempeñar los centros humanitarios mundiales, como la Ciudad Humanitaria Internacional de Dubái, y los centros humanitarios regionales, como el de Accra, a la hora de interconectar las necesidades humanitarias con la disponibilidad de alimentos. La comunidad humanitaria internacional debe profundizar en sus mecanismos de coordinación nacional y regional respecto de la programación y la respuesta a las crisis humanitarias y ajustar sus intervenciones a los planes de respuesta nacionales y regionales. Además, los principales donantes deben cooperar para sacar fondos de silos separados a fin de permitir el trabajo de integración, y también de una manera que no priorice la distribución de alimentos a las comunidades vulnerables sobre el enfoque sostenible de ayudarlas a reconstruir sus sistemas alimentarios.

Para concluir, quisiera destacar la disposición de Ghana a sumarse a cualquier esfuerzo encaminado a eliminar las restricciones a la exportación del exceso de granos; poner en circulación los granos en algunas partes de Europa Oriental, donde el conflicto actual está haciendo estragos; reactivar el transporte marítimo mundial, dando prioridad al suministro de alimentos, y asegurar que aquellos países que se ven afectados por la combinación de los efectos de la pandemia y la guerra dispongan del crédito necesario para comprar granos y alimentos. Debemos hacer todo lo posible por evitar el hambre y la muerte en todo lugar, así como por restablecer la estabilidad económica y financiera por el bien de todos nuestros pueblos.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra la Secretaria del Gabinete de Relaciones Exteriores de Kenya.

Sra. Omamo (Kenya) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Lo felicito por la hábil dirección que los Estados

Unidos han demostrado al presidir el Consejo de Seguridad este mes. Sr. Presidente: Gracias por convocar el importante debate abierto de hoy. Asimismo, le traslado el agradecimiento de mi delegación por haber dirigido las esclarecedoras conversaciones sobre el importante tema de la seguridad alimentaria durante los dos últimos días. Hace falta valor para liderar, y se lo agradecemos. Asimismo, agradecemos al Secretario General y a los demás ponentes sus esclarecedoras observaciones. Aplaudo especialmente a Sara Menker, a quien conozco de Kenya. Y digo: *asante shukran*.

A lo largo de la historia, las subidas bruscas y rápidas de los precios de los alimentos han sido con frecuencia una de las causas principales del malestar social, la inestabilidad política y los conflictos violentos. Incluso hoy, el precio del pan en muchos países es un indicador fiable del aumento de las tensiones políticas. El hecho de que estemos celebrando este debate en el Consejo de Seguridad es una prueba de que el reciente aumento de la inseguridad alimentaria puede suponer una mayor amenaza para la paz y la seguridad internacionales.

Los hechos, como mínimo, son alarmantes. En el Cuerno de África, una sequía extrema podría provocar que hasta 20 millones de personas pasen hambre este año, muchas de las cuales serán mujeres y niños. Esta situación de emergencia está dificultando la búsqueda y el mantenimiento de la paz. Está haciendo que poblaciones enteras dependan de la ayuda alimentaria, y se está convirtiendo en parte de la dinámica de los conflictos de nuestra región, ya que los militantes y los beligerantes aprovechan la emergencia para afianzar su control y acceso a la financiación.

Existe una estrecha relación entre la escasez de alimentos en el Yemen, el Afganistán, el Sahel y partes del Cuerno de África y las inestabilidades relacionadas con los conflictos. En Somalia, Al-Shabaab, grupo terrorista afiliado a Al-Qaeda, desplazó el año pasado a casi 30.000 personas de 42 pueblos. Impuso bloqueos en varias ciudades de la región de Bakool, lo que provocó escasez de alimentos y productos básicos desde principios de 2021. Ese uso de los alimentos como armas es un asunto que debería preocuparnos a todos en el Consejo de Seguridad.

Más recientemente, la guerra en Ucrania está provocando unas interrupciones sin precedentes en el suministro mundial de alimentos y energía. Dado que Ucrania y Rusia son los principales proveedores mundiales de trigo, aceite de girasol y cebada, así como de fertilizantes, las alteraciones provocadas por el conflicto han disparado los precios de los alimentos.

Nos solidarizamos con el pueblo de Ucrania y comprendemos su sufrimiento, que es real y profundamente lamentable. Pero también queremos señalar que esa guerra está provocando muchas más víctimas en todo el mundo.

Por ello, Kenya valora la iniciativa del Secretario General de crear un Grupo de Respuesta a la Crisis Mundial de la Alimentación, la Energía y las Finanzas. Sus recomendaciones nos pueden servir de punto de partida para las medidas inmediatas que debemos tomar para dar respuesta a los problemas inmediatos a los que nos enfrentamos, especialmente en África y los países en desarrollo. Sin embargo, debemos hacer algo más que tomar medidas a corto plazo con la esperanza de volver al *statu quo*. Ese *statu quo*, incluso antes de que estallase la guerra en Ucrania, estaba lleno de hambrunas cada vez más extendidas y prolongadas. El *statu quo* debe ser inaceptable para todos nosotros. Debemos abordarlo con prontitud mediante la cooperación y a través de un nuevo tipo de multilateralismo que se centre en los más débiles de nuestros pueblos y los ensalce.

Tenemos que aprender de la enfermedad del coronavirus y de la pandemia que esta ha engendrado en todo el mundo que la capacidad de fabricación y la producción debe extenderse a diferentes regiones del mundo.

Del mismo modo que la pandemia nos invita a buscar cambios fundamentales, esta crisis alimentaria nos pide que busquemos soluciones más valientes. Esta conversación también debería girar en torno a uno de los cambios menos apreciados y más importantes que se están produciendo, a saber, las consecuencias del crecimiento de la población en África y en el mundo desarrollado. Cada vez parece más cierta la previsión de que la población de África podría alcanzar los 2.500 millones de personas en 2050. Esa población se desplazará de las zonas rurales a los entornos urbanos, con lo que África se quedará con menos agricultores y menos manos para producir alimentos. Para poder proporcionar a esa enorme población alimentos asequibles, puestos de trabajo dignos, seguridad y otros bienes públicos, África debe contar con Estados competentes, capaces de aportar valor a su población. Por lo tanto, al tiempo que abordamos la seguridad alimentaria, debemos hacer frente a los problemas de capacidad de África. Construyamos Estados fuertes con capacidades fuertes.

Consciente de ello, el Presidente Uhuru Kenyatta ha hecho de la seguridad alimentaria uno de los cuatro grandes temas de su agenda en su segundo mandato, gracias a lo cual ha aumentado la inversión en el sector agrícola, se han concedido subvenciones a los fertilizantes

para los pequeños agricultores y se está tratando de aumentar los ingresos de los agricultores mejorando su vínculo con el mercado, a partir de las plataformas de tecnología de la información y las comunicaciones.

En Kenya, y en todo el mundo, incluso en África, tenemos que hacer mucho más para procurar que la seguridad alimentaria no se convierta en una amenaza existencial para todos nosotros. La falta de ambición, de innovación y de coraje será el único impedimento para encontrar soluciones a las múltiples crisis que empiezan a surgir por todo el mundo.

Por ello, esperamos dar la bienvenida a todos los presentes a la segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Océanos, que Kenya organizará junto con Portugal en junio de este año, y que nos brindará la oportunidad de aprovechar e incorporar los dividendos de los océanos para que en el futuro la alimentación sea sostenible y equitativa. Debemos utilizar todos los alimentos disponibles para la humanidad. Debemos utilizar los océanos y la tierra para aumentar la productividad de nuestros pueblos.

Por eso, para terminar, permítaseme hacer algunas propuestas sobre cómo podemos actuar juntos, como he dicho, con voluntad de cambio, multilateralismo y cooperación para que podamos ser esa generación que respondió al histórico llamamiento a la acción en un momento como este.

En primer lugar, cambiemos el lugar que ocupa África en el sistema comercial mundial. No podemos seguir siendo únicamente la fuente de minerales en bruto y cultivos comerciales, mientras importamos alimentos para alimentar a la población que más crece en el mundo. Tenemos que modernizar nuestros sistemas agrícolas, no solo para los grandes agricultores, sino también para los pequeños agricultores rurales pobres. África debe ir más allá de la agricultura de secano. Hay que construir fábricas de fertilizantes, de semillas y de pesticidas. Necesitamos instituciones de investigación. Tenemos que ser capaces de transmitir a nuestros agricultores los conocimientos técnicos, la información y la voluntad de invertir en la agricultura.

Una gran parte de ello consiste en procurar que, además de alimentar la demanda interna, los mercados agrícolas de Europa y otras regiones más ricas abran también sus puertas a los productos alimentarios africanos. Hay que poner fin a los aranceles innecesarios.

Los países con mayor participación en las instituciones financieras internacionales deben insistir en introducir

un cambio fundamental en la financiación que permita la transformación de los sistemas agrícolas y alimentarios, por ejemplo, en la financiación del cambio climático, haciendo especial hincapié en la adaptación, para ayudar a los que sufren perpetuamente las crisis climáticas.

En segundo lugar, es esencial tender un puente entre la ayuda humanitaria, el desarrollo y la consolidación de la paz. La asistencia alimentaria a largo plazo debe incorporar activamente los enfoques de consolidación de la paz, dando prioridad al vínculo entre la ayuda humanitaria, el desarrollo y la paz. Si queremos mejorar las necesidades de seguridad alimentaria, es fundamental que exista una mayor cooperación y coordinación entre los agentes de la ayuda humanitaria, la cooperación para el desarrollo y la consolidación de la paz. Además, el Consejo de Seguridad debe exigir a todas las partes en el conflicto armado que cumplan con sus obligaciones en virtud del derecho internacional humanitario, procurando en todo momento no dañar los bienes civiles, en particular los necesarios para la producción y distribución de alimentos, y levantando los embargos y bloqueos que impiden la circulación de alimentos.

En tercer lugar, es necesario comprender mejor los mecanismos y las capacidades locales de respuesta en relación con las crisis alimentarias y los conflictos e integrarlos en las operaciones de ayuda, así como en las estrategias nacionales de respuesta.

En cuarto lugar, la comunidad internacional debe unirse en la defensa de los valores de la apertura de los mercados, entendiendo que la seguridad alimentaria es un problema transnacional.

En quinto lugar, es aún más crucial establecer y aprovechar los mecanismos de emergencia globales existentes, como son la reestructuración de la deuda, el retraso de esta y la ayuda alimentaria, dado que los métodos tradicionales no solo deben responder adecuadamente a las crisis alimentarias mundiales extremas, sino también construir y fortalecer las naciones.

Para romper el vínculo entre los conflictos y el hambre y aprovechar el potencial de la seguridad alimentaria para contribuir a la paz se necesita nuestra acción colectiva y nuestra colaboración objetiva. Por lo tanto, debemos esforzarnos por aplicar la resolución 2417 (2018), porque nuestras aspiraciones de desarrollo, seguridad y progreso humano se basan en lograr la seguridad alimentaria para todos.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores del Gabón.

Sr. Adamo (Gabón) (*habla en francés*): Sr. Presidente: Lo felicito por haber tenido la iniciativa de celebrar este importante debate sobre la estrecha relación entre los conflictos y la seguridad alimentaria, que es una cuestión urgente con respecto a los numerosos países abrumados por los conflictos armados. Agradezco al Secretario General su exposición informativa y celebro su compromiso de combatir el hambre y la inseguridad en todo el mundo. Agradezco también al Sr. Beasley, al Sr. Qu Dongyu y a la Sra. Menker sus respectivas exposiciones informativas.

Al adoptar por unanimidad la resolución 2417 (2018) el 24 de mayo de 2018, el Consejo de Seguridad reconoció las estrechas relaciones entre los conflictos armados como factores agravantes de la inseguridad alimentaria en el mundo. Millones de personas tienen dificultades para acceder a los productos alimentarios básicos, y más de la mitad de ellas viven en países en guerra. El acceso a los alimentos se ve obstaculizado por los combates, lo que provoca hambre y enfermedades relacionadas con la desnutrición.

Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura los países en guerra tienen seis veces más probabilidades de sufrir hambrunas, y se han detectado 23 focos de hambruna en todo el mundo. El desplazamiento masivo de personas, ya sea como consecuencia directa de los combates o de la consiguiente destrucción que generan, es un factor importante que provoca inseguridad alimentaria.

Además, en tiempos de conflicto armado, las infraestructuras civiles suelen ser blanco de ataques, y las importantes repercusiones en la prestación de servicios públicos, la capacidad agrícola y de producción y el transporte agravan las crisis alimentarias. En algunos casos, el hambre también se utiliza como arma de guerra. No es raro que las partes en conflicto destruyan deliberadamente almacenes de alimentos, quemén los campos, destruyan las infraestructuras de producción y distribución de alimentos, bloqueen las rutas comerciales, impidan las actividades portuarias, envenenen los pozos y destruyan los campos y las reservas de semillas. En consecuencia, los desplazados que huyen de las zonas de combate se enfrentan generalmente a la imposibilidad de acceder a fuentes de subsistencia.

En los últimos años, el cambio climático y, más recientemente, la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19) han agravado la situación de muchas personas en situaciones de conflicto, lo que hace aún más complejos los retos sobre el terreno. Estos dos factores

han puesto de manifiesto la necesidad de aumentar la coordinación internacional para responder a los desafíos mundiales. El hambre en el mundo es uno de esos desafíos, ya que agrava la fragilidad de los Estados.

Si la relación entre los conflictos y el hambre es una prioridad de la agenda internacional y acapara la atención de la comunidad internacional a raíz de la guerra en Ucrania hoy en día, es porque sus consecuencias suponen una amenaza para la seguridad alimentaria mundial y están agravando la situación de regiones, como el Sahel, que sufren problemas alimentarios recurrentes.

La dinámica de las movilizaciones en torno a la guerra en Ucrania y la gran solidaridad suscitada pueden ser un catalizador para planificar formas de prevenir, afrontar y atenuar los efectos de los conflictos armados en la seguridad alimentaria mundial. La comunidad internacional debe implicarse más decididamente para acabar con ese círculo vicioso y evitar la aparición de nuevos focos de hambruna.

Más allá de la dinámica actual, es importante abordar las causas profundas de los conflictos y afianzar los mecanismos existentes de prevención y consolidación de la paz tras los conflictos. Del mismo modo, la prevención y la solución de conflictos deben ser plenamente capaces de integrar la gestión de las crisis alimentarias en su despliegue, de acuerdo con las disposiciones de la resolución 2217 (2015), sobre el hambre y la seguridad; la resolución 2573 (2021), relativa a la protección de todo lo indispensable para la supervivencia de la población civil en tiempos de conflicto; y la resolución 2417 (2018), por la que se exige a las partes en conflicto que no impidan el correcto funcionamiento de los sistemas y mercados alimentarios en situaciones de conflicto.

No cabe duda de que estos mecanismos constituyen un marco ideal para salvaguardar las reservas de seguridad alimentaria, prestando apoyo técnico en el ámbito de los almacenes de reserva y las tecnologías correspondientes a los países que se consideran vulnerables. Ni que decir tiene que es indispensable respetar el derecho internacional humanitario y cumplir las resoluciones que acabo de mencionar, en particular la 2573 (2021), relativa a la protección de los bienes indispensables para la supervivencia de la población civil en tiempos de conflicto.

Cabe destacar que los Estados están obligados a permitir el acceso libre y sin obstáculos del personal humanitario durante la entrega de la ayuda humanitaria todas las veces que sea necesario para satisfacer

las necesidades alimentarias urgentes, sin restricciones ni politización.

Mi país se congratula de la creación del Grupo de Respuesta a la Crisis Mundial de la Alimentación, la Energía y las Finanzas destinado a ayudar a los países vulnerables frente al alcance y la magnitud potenciales de las consecuencias de la guerra, así como a las repercusiones actuales de la pandemia de COVID-19. Para aprovechar ese impulso, es preciso considerar acciones sociales específicas en el marco de respuestas multilaterales, en cooperación con los órganos y organismos especializados de las Naciones Unidas, las instituciones financieras y las organizaciones regionales. Pueden ser una respuesta eficaz para combatir los efectos de los conflictos en la seguridad alimentaria.

Apoyamos el llamamiento del Secretario General a un alto el fuego mundial y su condena de las acciones que tienen como objetivo las infraestructuras de producción de alimentos y restringen el acceso humanitario.

Para terminar, hacemos un llamamiento a la comunidad internacional para que siga reflexionando sobre la rendición de cuentas por el delito de inanición. Es evidente que la inanición y sus estragos en el ámbito sanitario y social son tan destructivos como deshumanizantes.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al Ministro para Europa y de Relaciones Exteriores de la República de Albania.

Sra. Xhaçka (Albania) (*habla en inglés*): Secretario Blinken: Permítame comenzar agradeciéndole su presencia hoy en el Consejo de Seguridad y su liderazgo en nuestra labor sobre esta cuestión de importancia crucial. Doy especialmente las gracias a los ponentes por sus interesantes presentaciones.

Ayer mantuvimos un importante debate a raíz del lanzamiento de la Hoja de ruta para la seguridad alimentaria mundial—Llamamiento a la acción, a la que Albania tuvo el placer de sumarse. Apreciamos mucho su contribución personal, Sr. Blinken, y el liderazgo de los Estados Unidos a la hora de señalar a la atención del Consejo de Seguridad los factores que impulsan la inseguridad alimentaria en todo el mundo. Los conflictos actuales, las crisis de larga duración y la recurrencia de la inseguridad alimentaria crónica son más complejos y duran más tiempo. Es innegable que el conflicto es ya el principal factor causante del hambre y la inseguridad alimentaria. Como escuchamos en el debate de ayer y también esta mañana, el número de personas que padecen hambre e inseguridad alimentaria a nivel mundial

ha ido en aumento desde 2014. En los países afectados por conflictos, la población civil sigue siendo víctima de ataques, matanzas y desplazamientos forzosos. La destrucción de infraestructura civil y de otros bienes indispensables para la supervivencia de la población civil reduce drásticamente la capacidad para producir alimentos y obtener ingresos. Los conflictos contribuyen a agravar las desigualdades existentes, mientras que los dos años de pandemia de enfermedad por coronavirus, sumados al cambio climático, han empeorado una situación ya de por sí difícil. Cerca de 193 millones de personas, en 53 países, están en situación de inseguridad alimentaria aguda y necesitan asistencia urgente. En el Yemen, Siria, el Afganistán, la República Democrática del Congo, Sudán del Sur, Haití y otros lugares, millones de personas necesitan alimentos. Millones de personas no saben cuándo podrán comer de nuevo.

La agresión de Rusia contra Ucrania está agravando aún más una situación de inseguridad alimentaria general que ya era aguda en todo el mundo. El bloqueo y la destrucción de puertos del mar Negro cruciales y de otras infraestructuras están perturbando el suministro de productos alimentarios vitales y de insumos agrícolas básicos, que son fundamentales para la seguridad alimentaria mundial. En Ucrania hay alimentos, pero no pueden salir del país. Es una situación inaceptable, que debe terminar. Las graves alteraciones de la producción y el comercio, así como la subida a nivel mundial de los precios de alimentos, combustible, fertilizantes y energía a raíz de la guerra, están agravando desigualdades que ya existían en las regiones afectadas, lo que pone en peligro la seguridad alimentaria, empeora crisis humanitarias en curso y suma a un número aún mayor de personas en la pobreza. La guerra en Ucrania podría llevar a otros 40 millones de personas a sufrir hambre y pobreza y plantea una amenaza para la seguridad alimentaria mundial futura. Esa es la triste y verdadera realidad.

Al aprobar la resolución 2417 (2018), el Consejo de Seguridad reconoció que existe un círculo vicioso en el que hambre y conflicto se alimentan mutuamente y declaró que hacer padecer hambre a la población civil como método de guerra podría constituir un crimen de guerra. Dicha resolución es un llamamiento a la acción, sobre la base de los principios humanitarios. En ella se exige la aplicación efectiva del derecho internacional humanitario y la rendición de cuentas de quienes lo infrinjan. Además, se subraya la importancia del acceso humanitario, como elemento indispensable. Contamos con herramientas y debemos utilizarlas. Abogamos por que el Consejo de Seguridad desempeñe un papel más activo

a la hora de afrontar y abordar las situaciones de hambre originadas por los conflictos. Las medidas de alerta temprana y de acción temprana conducen a la prevención. La prevención del hambre derivada de los conflictos implica que todas las partes beligerantes deben respetar el derecho internacional humanitario. La acción humanitaria y el respeto del derecho internacional humanitario palían los efectos del conflicto en los sistemas alimentarios, motivo por el cual se necesitan con urgencia soluciones políticas que pongan fin a los conflictos.

La lucha contra la inseguridad alimentaria a nivel mundial requiere una acción multilateral urgente en torno a varios aspectos clave. En primer lugar, debemos abordar las causas de las crisis alimentarias y nutricionales, así como los problemas humanitarios, de desarrollo y estructurales de larga duración que conducen a la vulnerabilidad de los sistemas alimentarios. Asimismo, tenemos que mejorar la sostenibilidad de esos sistemas.

En segundo lugar, se debe dar una respuesta coordinada y multisectorial, a través de iniciativas de desarrollo, humanitarias y de paz, para reducir el riesgo de un futuro conflicto.

En tercer lugar, las medidas adoptadas en el marco del sistema de las Naciones Unidas y de las instituciones financieras internacionales deberían conllevar la inversión en sistemas alimentarios sostenibles y en igualdad de género. La financiación destinada a la seguridad alimentaria es un elemento importante.

En cuarto lugar, se requiere una labor mejor y más oportuna de presentación de informes. El Consejo de Seguridad ocupa una posición excepcional para exigir y garantizar la presentación oportuna de informes y datos y la adopción de medidas en relación con situaciones de inseguridad alimentaria. En ese contexto, Albania apoya el establecimiento de un puesto de Enviado Especial de las Naciones Unidas o punto de contacto para la aplicación de la resolución 2417 (2018).

Nadie tiene que pasar hambre si podemos evitarlo. Si queremos acabar con el hambre y garantizar la seguridad alimentaria, es preciso que todos actuemos ya para evitar y poner fin a los conflictos, optando por la paz y el desarrollo.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene la palabra el Ministro de Agricultura y Desarrollo Rural de México.

Sr. Villalobos Arámbula (México): México agradece a los Estados Unidos de América, al frente de la Presidencia del Consejo de Seguridad durante este mes, por haber convocado este debate abierto, que nos

permite resaltar la importancia del vínculo entre el conflicto y la seguridad alimentaria. También agradecemos las presentaciones que acabamos de escuchar y nos complace que estén aquí el Secretario General de las Naciones Unidas, el Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos y el Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO); así como la Sra. Sara Menker, representante de la sociedad civil. Doy las gracias al Director General de la FAO, Sr. Qu Dongyu, por las referencias a uno de los programas sociales de mi país, centrado en la entrega de fertilizante para pequeños productores de maíz mexicanos. Efectivamente, productores pequeños, mujeres y hombres, han duplicado su cosecha gracias al fertilizante producido en México. El trabajo conjunto y coordinado de estos organismos es esencial para atender y mitigar de manera efectiva los crecientes impactos de la crisis de la seguridad alimentaria a nivel global.

Si bien las causas de la inseguridad alimentaria son multidimensionales, es innegable que los conflictos armados —de la mayoría de los cuales se ocupa el Consejo de Seguridad— constituyen un factor determinante para propiciarlas o agudizarlas. Las consecuencias de tales conflictos las paga, injustamente, la población civil. Ejemplos de ello, lamentablemente, no faltan: desde África hasta Oriente Medio y, de manera más reciente, en Ucrania.

Es inaceptable que, en un mundo de abundancia material y de recursos naturales, se gasten grandes cantidades de dinero para satisfacer gastos superfluos o, en todo caso, no esenciales, cuando existen 193 millones de personas que viven en situación de inseguridad alimentaria en 53 países. Entre esas personas, 100 millones están en esa lamentable circunstancia a causa de conflictos armados. Por citar algunos casos puntuales, en el Cuerno de África, hay 15 millones de personas en situación de inseguridad alimentaria. En África Occidental y en el Sahel, más de 27 millones de personas viven en condiciones de inseguridad alimentaria severa, y los niveles de desnutrición infantil son realmente alarmantes. En Siria, la población que sufre de hambre se ha incrementado desde 2018 y ahora se acerca al 60 % de los habitantes del país. En nuestra región de América Latina y el Caribe, el caso más grave es Haití: la mitad de su población requiere de asistencia alimentaria, y más de 1 millón de personas están en situación de pobreza externa.

Es igualmente importante reconocer que, a pesar de iniciativas puntuales de distribución y producción de alimentos, como las del Programa Mundial de

Alimentos y la FAO, en ocasiones estos esfuerzos se quedan cortos ante la falta de recursos económicos y de insumos, los impactos de las plagas y de las enfermedades y los incrementos de los precios de alimentos, energía y materias primas. Otros fenómenos, como el cambio climático, la pérdida de fertilidad de los suelos, la pandemia de enfermedad por coronavirus o la falta de agua en la agricultura, afectan considerablemente a la producción y la distribución de los alimentos. Es, por consiguiente, imperativo reconocer que los sistemas alimentarios en el mundo son interdependientes. Como lo hemos podido constatar, un conflicto armado en un lugar, tarde o temprano altera el sistema alimentario en su conjunto. Por esa misma interconexión, resulta importante diseñar alternativas que no pongan en riesgo la seguridad alimentaria en el contexto global.

El Consejo de Seguridad cuenta con herramientas encaminadas a hacer frente a estos retos, aun cuando todavía queda un largo camino por recorrer para su plena instrumentación. La resolución 2417 (2018), aprobada en 2018, representó un paso importante para responder a los vínculos causales entre los conflictos armados y las hambrunas. La inseguridad alimentaria es un asunto central en la agenda para la paz y la seguridad internacionales, y requiere nuestra atención inmediata y sostenida. Acabar con el hambre y la marginación, enfrentar las crisis humanitarias prolongadas, prevenir y solucionar los conflictos y consolidar la paz no son tareas interdependientes sino, acaso, aspectos complementarios de un mismo desafío. La declaración de la Presidencia S/PRST/2017/14 también reconoció el valor de la necesidad de que el Consejo sea alertado por el Secretario General cuando hay riesgo de hambrunas en zonas afectadas por conflictos. En tal sentido, México, en su calidad de miembro electo de este Consejo, hoy reitera su llamado para que se cumplan las provisiones de la resoluciones pertinentes que han sido aprobadas.

Quisiera subrayar la importancia de los mecanismos de alerta temprana con los que cuenta el sistema de las Naciones Unidas. Los organismos humanitarios y para el desarrollo deben tener la capacidad para identificar y prevenir situaciones que puedan desencadenar hambrunas y sus implicaciones para la paz y la seguridad internacionales. Igualmente, deben establecerse excepciones por razones humanitarias para facilitar el trabajo de estos organismos en circunstancias coyunturales. Para poner fin a la inseguridad alimentaria en situaciones de conflicto es necesario reorientar los recursos y las prioridades. En lugar de incrementar gastos en las armas que prolongan estos conflictos o en aquellas que desbordan la

vida humana y animal y también vegetal, destinemos los recursos a la acción humanitaria y, primordialmente, a atender las causas subyacentes de los conflictos, tal como lo planteó el Presidente de mi país en este Consejo en noviembre de 2021 (véase S/PV.8909).

Para concluir, México hace explícito su compromiso para sumarse a todos aquellos países que tengan como objetivo impedir que las personas sufran o mueran de hambre en un mundo que tiene las condiciones y las capacidades para evitarlo.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene la palabra la Ministra de Desarrollo Internacional de Noruega.

Sra. Tvinnereim (Noruega) (*habla en inglés*): Doy las gracias al Secretario Blinken por haber organizado el debate de hoy. También quisiera dar las gracias al Secretario General Guterres, al Director Ejecutivo Beasley, al Director General Qu Dongyu y a la Directora General Sara Menker por sus aleccionadoras exposiciones informativas.

Imaginemos que el 70 % de la población de un país necesite ayuda alimentaria, repito, el 70 %. Esa es la realidad en Sudán del Sur. En una visita que hice recientemente, pude comprobar de primera mano los efectos devastadores que ejerce el conflicto en la seguridad alimentaria. Ese es solo uno de los numerosos ejemplos de los efectos catastróficos que los conflictos ejercen sobre millones de hombres, mujeres y niños. Al mismo tiempo, la crisis climática es cada vez más pronunciada, afecta a los medios de vida y multiplica los riesgos de nuevos conflictos.

Al aprobar la resolución 2417 (2018), el Consejo reconoció que debemos romper el círculo vicioso de los conflictos armados y el hambre, y que nosotros, la comunidad internacional, nos comprometemos a poner fin a todas las formas de hambre y malnutrición para 2030. Sin embargo, la Federación de Rusia, miembro permanente del Consejo de Seguridad, ha iniciado una guerra ilegal contra otro país independiente. Esa agresión no provocada constituye una violación flagrante del derecho internacional y de la Carta de las Naciones Unidas. También constituye un ataque a la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. La invasión ha agravado unas condiciones de seguridad alimentaria mundial ya de por sí tensas. Es la guerra rusa contra Ucrania, y no las sanciones selectivas contra el Estado agresor, la que ha provocado el drástico aumento de los precios mundiales de los alimentos y la inseguridad alimentaria. La forma en que se está librando la guerra viola el derecho internacional humanitario. Las obligaciones de no atacar a los

civiles o los bienes de carácter civil necesarios para la producción de alimentos no son opcionales, como tampoco lo es la obligación de facilitar el acceso humanitario pleno, seguro y sin obstáculos a los necesitados. Nos horrorizan los informes sobre el empleo de la inanición como método de guerra. Los autores de esos crímenes deben rendir cuentas.

Las perturbaciones en los mercados de alimentos y el aumento de los precios pueden desencadenar disturbios y conflictos. El Consejo de Seguridad tiene un claro papel preventivo, en línea con la resolución 2417 (2018). Para acabar con el hambre, debemos buscar todas las vías posibles para prevenir y solucionar los conflictos armados, de conformidad con el mandato del Consejo de mantener la paz y la seguridad internacionales. La semana pasada, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y el Programa Mundial de Alimentos presentaron conjuntamente un informe sobre las crisis alimentarias. En esa nueva información se esboza un panorama poco alentador. Se prevé que las graves condiciones de inseguridad alimentaria mundial se deterioren aún más. Sin embargo, también se exponen ejemplos de cómo la producción agrícola puede aliviar en gran medida la necesidad de asistencia humanitaria, incluso durante un conflicto, y eso me da esperanza. Además de desplegar esfuerzos humanitarios, debemos incrementar las inversiones en la producción de alimentos y en resiliencia, tanto dentro como fuera de las zonas de conflicto.

Considero que los pequeños productores de alimentos son la columna vertebral de nuestros sistemas alimentarios en todos los países. Tengo fe en su capacidad para labrar la tierra y emplear los recursos de forma sostenible, al tiempo que proporcionan alimentos para los mercados locales y regionales. Yo misma crecí en una granja de ese tipo. Los pequeños agricultores son verdaderos asociados indispensables para nuestra supervivencia colectiva. Necesitamos intervenciones específicas para proporcionar a los pequeños agricultores las semillas y los fertilizantes que necesitan, así como las herramientas que les permitan hacer frente a las amenazas a las que se puedan enfrentar, a saber, los conflictos, el cambio climático u otras crisis. Las mujeres y las niñas ejercen un papel especial en ese contexto. Somos productoras de alimentos, comerciantes, consumidoras, responsables de la toma de decisiones y negociadoras. Proteger a las mujeres y las niñas de la violencia, incluida la violencia sexual y de género, es crucial para eliminar el hambre. En muchos hogares, la inseguridad alimentaria y la pobreza prevalecen cuando se perjudica a las mujeres.

El gran número de personas al borde de la inanición no nos deja más opción que movilizarlos ahora. Noruega invertirá en sistemas alimentarios resilientes, y estoy segura de que muchos otros donantes también lo harán. Debemos atender a las voces y soluciones africanas. Aprendí mucho en la sesión informativa que organizó el Consejo de Paz y Seguridad de la Unión Africana sobre seguridad alimentaria y conflictos en África. Me complace constatar que el sector privado ha empezado a reconocer el valor de invertir en la agricultura. Además, el sector agrícola necesita previsibilidad por parte de los Gobiernos, organismos de las Naciones Unidas eficientes y la participación constructiva de la sociedad civil. La guerra de Ucrania también ha puesto de manifiesto la dependencia crónica de África de las importaciones de alimentos. Ello hace que surja la amenaza de la inanición masiva en un continente que depende de las importaciones de alimentos para alimentarse. Si alguna vez fue necesario aumentar drásticamente la producción de alimentos en África, ese momento ha llegado.

Sra. Nusseibeh (Emiratos Árabes Unidos) (*habla en inglés*): Para empezar, quisiera sumarme a otros oradores para felicitar a los Estados Unidos y al Secretario Blinken por haber centrado la atención del Consejo de Seguridad en la inseguridad alimentaria en este momento decisivo. La crisis de inseguridad alimentaria mundial es realmente insostenible, y debemos aunar fuerzas para hacer frente a los crecientes desafíos en materia de suministro y distribución. Quiero dar las gracias al Secretario General y a los ponentes por sus valiosas reflexiones. Me impresionaron especialmente los datos presentados por la Sra. Sara Menker, que dieron una alarma muy clara al Consejo sobre lo cerca que estamos colectivamente del borde del abismo. Como también dijo, todos nos necesitamos unos a otros para superar esta crisis, y de concierto con otros interesados internacionales. Ninguna nación puede hacerlo por sí sola. Nuestro sistema agrícola es verdaderamente mundial.

Al ser un país que importa el 90 % de sus alimentos, los Emiratos Árabes Unidos consideran que la seguridad alimentaria es una prioridad absoluta tanto para sí mismo como para nuestra región en general. Estamos profundamente preocupados por el alarmante aumento de la inseguridad alimentaria mundial, impulsada o recrudescida por los conflictos, el cambio climático y la enfermedad por coronavirus. Como reafirma el llamamiento a la acción de ayer, tenemos que actuar con urgencia y a gran escala, y de concierto con otras partes interesadas internacionales. Ningún país es inmune a estas conmociones. Ayer escuchamos a los dirigentes

africanos describir cómo, desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo, África encara una aguda escasez de alimentos, que socavarán la estabilidad, la seguridad y el desarrollo sostenible. Además, todos hemos escuchado al Secretario General Guterres dar la alarma hoy. Las subidas de precios de los alimentos de hasta 30 % amenazan a las comunidades de toda África y Oriente Medio.

Los datos del Programa Mundial de Alimentos (PMA) indican que, antes de que comenzara el conflicto en Ucrania, unos 276 millones de personas padecían ya hambre aguda en todo el mundo, y el PMA prevé en la actualidad que esa cifra podría aumentar a 323 millones en 2022. No podemos ignorar los efectos devastadores en los niños en particular. Según el UNICEF, al menos 13,6 millones de niños menores de cinco años padecen desnutrición aguda grave, lo que causa una de cada cinco muertes en este grupo de edad. La situación es sencillamente insostenible e insondable desde el punto de vista moral cuando se yuxtapone a los 430 billones de dólares de riqueza que hay hoy en el planeta.

El índice de precios de los alimentos de las Naciones Unidas también ha alcanzado un máximo histórico este año, que ha repercutido en los Gobiernos, los agricultores y en decenas de millones de las personas más vulnerables del mundo. El aumento del precio de los fertilizantes ya está debilitando las futuras temporadas de siembra, sentando las bases para una prolongada crisis de seguridad alimentaria. Los riesgos de las migraciones nacionales e internacionales a gran escala, la delincuencia, la trata de personas y la explotación sexual, los disturbios internos e incluso los conflictos seguirán aumentando mientras no se aborde esta cuestión con urgencia a nivel mundial. El Consejo tiene un papel fundamental que desempeñar a la hora de abordar la intersección de la inseguridad alimentaria y el conflicto, y quisiéramos destacar tres posibles medidas que el Consejo podría adoptar y que se basan en la resolución 2417 (2018), aprobada por unanimidad hace cuatro años.

En primer lugar, ya sabemos que la inseguridad alimentaria es tanto una causa fundamental como un acelerador de los conflictos, y tiene efectos desproporcionados en las personas que de por sí viven en situaciones frágiles y afectadas por conflictos. En este contexto, instamos a seguir pidiendo activamente el pleno respeto del derecho internacional humanitario, incluso en lo que se refiere al paso rápido y sin trabas de socorro humanitario imparcial a todos los necesitados, así como la protección de los objetos de carácter civil, que son fundamentales para garantizar que los civiles tengan acceso suficiente a los alimentos. Además, debemos seguir garantizando que

las sanciones incluyan las exenciones necesarias respecto de los alimentos y los insumos agrícolas fundamentales para las comunidades y que no afecten en modo alguno al libre flujo de productos básicos ni impidan el paso de socorro humanitario imparcial a los necesitados.

En segundo lugar, el Consejo debería hacer un seguimiento de los numerosos llamamientos que ha emitido en favor de estrategias de mitigación de riesgos en el contexto del cambio climático y otros multiplicadores de amenazas. El año pasado, los Emiratos Árabes Unidos se enorgullecieron de emprender, junto a los Estados Unidos y otros países, la Misión de Innovación Agrícola para el Clima. Muchas de esas estrategias, en última instancia, dependen de la financiación pública internacional de los sistemas de alimentación, de abastecimiento de agua y de protección social en los países frágiles. A pesar de la probada rentabilidad de esas inversiones, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo informa de que solo 2 dólares por persona de la financiación climática fluyen hacia los países muy frágiles. Una corrección en este sentido supondría una importante contribución a la seguridad alimentaria y a la prevención de conflictos, y el respaldo normativo del Consejo a las inversiones destinadas a entornos frágiles sería una señal importante para la futura asignación de recursos.

Del mismo modo que el Grupo de los Siete está trabajando en la elaboración de medidas de transición energética para los países consumidores de carbón, sería oportuno que un eje de trabajo multilateral, quizás facilitado por el Secretario General, aplicara el mismo concepto a la adaptación al clima para los países frágiles y vulnerables. Será fundamental determinar y financiar proyectos y políticas específicos para cada país, que puedan prevenir la inseguridad alimentaria.

En tercer lugar, el Consejo debería seguir haciendo hincapié en las dimensiones de la seguridad alimentaria relacionadas con el género y la edad y recibir información al respecto. Eso puede mejorar nuestra respuesta, la eficacia de nuestras acciones y apoyar a las personas afectadas de manera más desproporcionada. Además, necesitamos una alianza público-privada adecuada que garantice la inclusión y participación plenas, igualitarias y significativas de las mujeres para mejorar la seguridad alimentaria. Las mujeres tienen un papel decisivo que desempeñar para el bienestar y la resiliencia de todos los miembros de la sociedad, sobre todo durante los esfuerzos de estabilización y para garantizar una recuperación posconflicto sostenible.

El nivel actual de inseguridad alimentaria en el mundo, y la probabilidad de que las necesidades

augmenten en un futuro previsible, es una señal de alarma para la paz y la seguridad. Es hora de que nos unamos y nos comprometamos a adoptar medidas concretas para asegurar la alimentación de todos en el mundo. El Consejo de Seguridad debe velar por que nuestra respuesta esté a la altura de la magnitud mundial de la amenaza.

Sr. Muraleedharan (India) (*habla en inglés*): Para comenzar, permítame felicitarla a usted, Sra. Presidenta, y a la delegación de los Estados Unidos por haber organizado este importante debate abierto sobre los conflictos y la seguridad alimentaria. Agradezco al Secretario General, Sr. António Guterres, al Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, Sr. David Beasley, y al Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sr. Qu Dongyu, por sus útiles exposiciones informativas. También doy las gracias a la Fundadora y Directora de Gro Intelligence, Sra. Sara Menker, por dar a conocer sus puntos de vista sobre esta cuestión.

Garantizar la seguridad alimentaria, especialmente para las personas pobres y marginadas, es un desafío que preocupa sobre todo a los Gobiernos de los países en desarrollo. Mientras el mundo se esfuerza por encontrar la manera de superar los efectos de la pandemia de enfermedad por coronavirus, el conflicto en Ucrania ha tenido repercusiones profundas, en particular la espiral de los precios de la energía y las materias primas y las interrupciones en las cadenas de suministro logístico mundial. El Sur Global se ha visto afectado negativamente tanto por el propio conflicto como por las diversas medidas puestas en marcha como respuesta. Si el conflicto no da paso a una vía significativa de diálogo y diplomacia de forma inmediata, habrá graves repercusiones en la economía mundial que harán fracasar los esfuerzos del Sur Global para garantizar la seguridad alimentaria y erradicar el hambre de cara a 2030. Ya estamos viendo cómo se hunden las economías y aumentan los problemas de orden público en algunos países, y esto no hará más que empeorar. Por tanto, ha llegado el momento de empezar a tener en cuenta los efectos multidimensionales que esta cuestión está teniendo hoy en el Sur Global, especialmente en los países en desarrollo vulnerables.

La solución a esos desafíos estriba en una acción colectiva global. Por sí solo, ningún país puede gestionar unas ramificaciones colaterales tan complejas. Debemos trabajar colectivamente, y debemos trabajar de consuno. En ese contexto, quisiera someter a la consideración del Consejo de Seguridad las siguientes sugerencias.

En primer lugar, como he dicho antes, hay que encontrar una solución mediante el diálogo y la diplomacia al conflicto de Ucrania sin más demora. Hemos pedido en todo momento el cese inmediato de las hostilidades y promovido esa vía para resolver la cuestión. En este sentido, reiteramos nuestro apoyo a los esfuerzos de los buenos oficios del Secretario General.

En segundo lugar, los problemas de seguridad alimentaria derivados del conflicto ucraniano nos obligan a dar una respuesta creativa. La creciente escasez solo puede abordarse superando las limitaciones que actualmente nos atan. En ese contexto, acogemos con satisfacción el llamamiento del Secretario General para que las compras de alimentos por parte del Programa Mundial de Alimentos en concepto de asistencia humanitaria queden exentas de las restricciones a la exportación de alimentos, con efecto inmediato. Sin embargo, debemos ir más allá de esa medida para marcar una diferencia genuina.

En tercer lugar, la seguridad energética constituye también un grave motivo de preocupación, dado que ha sido una de las principales consecuencias colaterales del conflicto. Es necesario abordar el problema redoblando los esfuerzos de cooperación común, haciendo gala de una mayor sensibilidad respecto de la combinación energética y las necesidades de importación de otros países.

En cuarto lugar, una serie de sociedades de bajos ingresos afrontan hoy el doble reto del aumento de los costos y del difícil acceso a los cereales alimentarios. Incluso países como la India, que cuenta con reservas suficientes, han visto un aumento injustificado de los precios de los alimentos. Está claro que el acaparamiento y la especulación están en juego. No podemos permitir que eso ocurra. Como señalé en mi declaración de ayer, mi Gobierno tomó nota del repentino aumento de los precios mundiales del trigo, que puso en peligro nuestra seguridad alimentaria y la de nuestros vecinos y otros países vulnerables. Tenemos el empeño de garantizar que esos efectos adversos sobre la seguridad alimentaria se mitiguen eficazmente y que se proteja a las personas vulnerables de los cambios repentinos en el mercado mundial.

Para gestionar nuestra propia seguridad alimentaria general y apoyar las necesidades de los países vecinos y otros países en desarrollo vulnerables, el 13 de mayo anunciamos algunas medidas relativas a las exportaciones de trigo. Permítaseme reiterar que esas medidas permiten que las exportaciones —una vez aprobadas— ayuden a los países a satisfacer sus demandas de seguridad alimentaria. Eso se hará a petición de los gobiernos

interesados. La política garantizará que demos realmente una respuesta a los más necesitados.

En quinto lugar, es necesario que todos apreciemos plenamente la importancia de la equidad, la asequibilidad y la accesibilidad cuando se trata de cereales alimentarios. Ya vimos cómo se hizo caso omiso a esos principios en el caso de las vacunas contra la enfermedad por coronavirus (COVID-19). Los mercados abiertos no deben convertirse en un argumento para perpetuar la desigualdad y promover la discriminación.

En sexto lugar, debemos oponernos a la tendencia a vincular la asistencia humanitaria al logro de progresos en el proceso político. Si los donantes adoptaran esa posición, solo serviría para agravar la inseguridad alimentaria en situaciones de conflicto. Urge que la comunidad de donantes intensifique la ayuda a los países afectados por el conflicto y vele por que los organismos humanitarios reciban la financiación necesaria para ejecutar plenamente sus planes sin politizar las necesidades básicas de la población.

En séptimo lugar, la asistencia alimentaria por sí sola no puede ser una solución sostenible a largo plazo frente a la inseguridad alimentaria. La consolidación de la paz y el desarrollo son primordiales y deben abarcar el apoyo a los medios de subsistencia, los programas de protección social y los enfoques comunitarios, que incluyen la inversión en la agricultura, la infraestructura y la creación de capacidad en el desarrollo rural, sobre todo en las zonas de conflicto. Eso requiere un enfoque de múltiples partes interesadas.

En octavo lugar, los conflictos armados y el terrorismo, combinados con las condiciones climáticas extremas, las plagas de los cultivos, la volatilidad de los precios de los alimentos, la exclusión y las conmociones económicas pueden devastar cualquier Estado frágil, al llevar a la inseguridad alimentaria y aumentar la amenaza de hambruna. Por lo tanto, es fundamental apoyar la creación de capacidades en los países que afrontan esos problemas, especialmente en lo que respecta a la elaboración, la aplicación y el seguimiento de las políticas y los programas relativos a la alimentación.

Como tal vez sepa el Consejo, la India lleva a cabo el mayor programa de red de seguridad alimentaria del mundo, en el que se ha producido un cambio de paradigma, de un enfoque asistencial a otro basado en los derechos. Con el fin de lograr la consecución de objetivos durante la COVID-19, el Gobierno prestó asistencia alimentaria a 800 millones de personas y transferencias de efectivo a 400 millones de personas. Mediante el

programa de comidas de mediodía de la India se sigue abordando la subalimentación de los niños en edad escolar, garantizando el suministro de comidas saludables. También se ha lanzado una campaña de nutrición, especialmente para los grupos vulnerables, las mujeres y los niños. Nuestras iniciativas digitales de la granja a la mesa incluyen portales de agricultores, servicios de asesoramiento agrícola, redes en línea de productos básicos agrícolas, predicción de precios y el uso de la tecnología de cadenas de bloques para la certificación de calidad.

Incluso en medio de la pandemia de COVID-19, la India también prestó ayuda alimentaria en forma de miles de toneladas métricas de trigo, arroz, legumbres y lentejas a varios países, en particular entre nuestros vecinos y en África, para fortalecer la seguridad alimentaria. Ante el deterioro de la situación humanitaria en el Afganistán, la India ha iniciado la donación de 50.000 toneladas métricas de trigo al pueblo del Afganistán. Del mismo modo, la India ha proseguido su apoyo humanitario a Myanmar, en particular mediante una donación de 10.000 toneladas de arroz y trigo. También estamos prestando asistencia a Sri Lanka, ayuda alimentaria incluida, durante este período difícil. Todas esas iniciativas están en consonancia con la prioridad de nuestra política exterior de “Los Vecinos Primero” y con nuestra firme creencia en el espíritu permanente de *Vasudhaiva Kutumbakam*: el mundo es una familia.

En conclusión, quisiera subrayar que la India mantiene su empeño de colaborar con todos los demás Estados Miembros y organizaciones internacionales, incluidas las Naciones Unidas, para fortalecer colectivamente la seguridad alimentaria mundial, especialmente en los países que afrontan situaciones de conflicto.

Sr. Brophy (Irlanda) (*habla en inglés*): Quisiera dar las gracias al Secretario Blinken por haber organizado este importante debate. Irlanda aprecia profundamente su liderazgo en garantizar que los conflictos y el hambre formen parte esencial de los trabajos del Consejo de Seguridad.

Nuestro debate de hoy no puede ser más oportuno. El hambre inducida por los conflictos está presente en un número cada vez mayor de situaciones problemáticas de países en el programa del Consejo. Exige que urgentemente les prestemos atención y adoptemos medidas

El Director Ejecutivo Beasley, la Sra. Menker y el Director General Qu Dongyu no pudieron ser más claros: el hambre está aumentando, y el conflicto es la causa. Las estadísticas y las perspectivas son sombrías y no se las escucha con agrado. Sin embargo, para

que el Consejo adopte medidas, para desencadenar una acción necesaria y urgente, en el Salón tenemos que escucharlas.

Irlanda habla tanto de los conflictos como de la seguridad alimentaria a partir de nuestras propias experiencias vividas, que dan forma a nuestra comprensión y agudizan nuestra convicción de actuar. Es inconcebible que, en nuestro mundo de abundancia, millones de personas estén al borde de la inanición. A nivel mundial, 193 millones de personas se encuentran en niveles de crisis de inseguridad alimentaria o peor.

No podemos eludir la difícil realidad: los conflictos son ahora el principal motor del hambre. Al no prevenir o resolver los conflictos de nuestro programa, el Consejo tiene una responsabilidad que asumir. Como miembros del Consejo, tenemos la obligación de ir más allá de los intereses políticos o estratégicos a corto plazo, para interesarnos por los hombres, mujeres y niños que viven la realidad de los informes, a menudo impersonales, de nuestro programa. Cada vez hay más y más personas que mueren de hambre evitable, provocada por el hambre, inducida por el conflicto, y lo hacen bajo nuestra mirada.

El debate de hoy es una oportunidad para preguntarnos cómo podemos cumplir nuestra responsabilidad y cómo hacer que nuestras palabras se conviertan en hechos. Tenemos que aprovechar esta oportunidad. Deseo abordar tres aspectos.

El primero es obvio, pero nunca se insistirá lo suficiente en él: los conflictos están perpetuando una inmensa necesidad humanitaria y provocando la inseguridad alimentaria mundial. Los conflictos desplazan a las personas, destruyen los medios de subsistencia, interrumpen el comercio y el suministro de alimentos e insumos agrícolas, dañan la infraestructura y reducen el acceso a recursos que son vitales.

En Somalia, la hambruna es un riesgo inminente y aterrador. El conflicto en el norte de Etiopía y el bloqueo humanitario *de facto* han hecho que el 80 % de la población de Tigré viva en situación de inseguridad alimentaria. Cientos de miles de personas se enfrentan a la inanición. Pese a ello, al Consejo le cuesta reunir el coraje necesario para abordar esta crisis. En muchos países afectados por conflictos, como Malí, Haití, Sudán del Sur y el Afganistán, la inseguridad alimentaria alcanza niveles de emergencia.

La invasión ilegal e injustificada de Ucrania por parte de la Federación de Rusia ha causado un sufrimiento

inconmensurable en Ucrania. Ahora bien, en nuestro mundo interconectado, las consecuencias del hambre se harán sentir mucho más allá de las fronteras soberanas de Ucrania. Este acto insensato de agresión obliga a millones de personas a padecer una situación de hambre aguda este año. Los posibles efectos sobre la seguridad y la estabilidad de diversos países son sumamente preocupantes.

Con demasiada frecuencia, nuestra respuesta consiste en tratar los síntomas, en lugar de la enfermedad. Prestamos la asistencia humanitaria necesaria a quienes se encuentran atrapados en un conflicto, pero carecemos de voluntad o determinación para poner fin a los conflictos. A menos que adoptemos medidas genuinas para poner fin a los conflictos de los que nos ocupamos, nuestras acciones no harán más que mantener cruelmente a millones de personas al borde de la supervivencia.

Los conflictos no son irresolubles. La guerra no es inevitable. Irlanda lo sabe por propia experiencia. No obstante, tenemos que utilizar todas nuestras herramientas para lograr que quienes libran la guerra se aparten del camino de la violencia, abracen el diálogo y la diplomacia y sigan la senda de la paz. Es una senda que podemos recorrer con ellos.

Mi segunda observación es que contamos con herramientas para abordar el hambre relacionada con el conflicto, pero no las estamos utilizando. A pesar de la determinación unánime del Consejo de atajar el hambre derivada de los conflictos, las expectativas de la resolución 2417 (2018) no se están cumpliendo. Seguimos presenciando violaciones flagrantes del derecho internacional humanitario, como el recurso descarado a la inanición como método de guerra, la obstaculización reiterada del acceso a la ayuda humanitaria, la denegación de protección y asistencia humanitaria vital para la población vulnerable y la falta de rendición de cuentas por estas graves acciones.

La guerra en Ucrania ha perturbado las cadenas mundiales de suministro de alimentos. Ha causado aún más dificultades en países donde ya existía inseguridad alimentaria, como el Yemen. Como expuso el Director Ejecutivo Beasley ante el Consejo, una de las consecuencias de esta guerra es que está obligando a los organismos humanitarios a tomar una decisión inconcebible: quitar el pan de la boca a quienes padecen hambre para alimentar a quienes sufren inanición.

Los acontecimientos de los últimos meses no han hecho sino reforzar la urgencia del llamamiento a la acción emitido en la resolución 2417 (2018). Nuestra voluntad de actuar debe estar a la altura de la gravedad

de la situación de inseguridad alimentaria, que empeora progresivamente ante nuestros ojos.

En tercer lugar, hago un llamamiento a trabajar de otro modo. El hecho de que millones y millones de personas padezcan las consecuencias de la inseguridad alimentaria derivada de los conflictos y el Consejo sea incapaz de abordar esta crisis es una vergüenza para todos. No se llega de la noche a la mañana a una situación de emergencia ni a un nivel catastrófico de inseguridad alimentaria. ¿Cuántas señales de alarma necesitamos? ¿Qué nivel de sufrimiento desencadenará por fin la respuesta del Consejo?

Actuar de manera temprana, como se prevé en la resolución 2417 (2018), puede servir para prevenir la inseguridad alimentaria y la hambruna y, en especial, para preservar la salud de las madres y los niños. Para dar una oportunidad a las generaciones futuras, nuestros esfuerzos deben respaldar las intervenciones que prevengan la malnutrición infantil, en lugar de esperar a que los niños se encuentren al borde de la inanición.

Los sistemas de alerta temprana, incluido el análisis de datos, proporcionan recursos a la comunidad internacional para anticipar las crisis de inseguridad alimentaria. De este modo, se pueden salvar vidas, proteger los medios de subsistencia y lograr la supervivencia de los sistemas alimentarios, todo lo cual es aún más crucial en situaciones de conflicto.

En conclusión, el tiempo apremia. Es necesaria nuestra acción colectiva y exhaustiva para revertir la temible tendencia conducente a la inseguridad alimentaria asociada a los conflictos. Hay que hacerlo ahora. Debemos velar por que todas las partes involucradas en conflictos armados cumplan con las obligaciones que les corresponden en virtud del derecho internacional humanitario, incluso en lo que respecta al acceso humanitario. Quienes no lo hagan deberán rendir cuentas, y el Consejo deberá asumir su responsabilidad de garantizar la rendición de cuentas.

Ese, precisamente, fue el compromiso que asumimos al aprobar por unanimidad la resolución 2417 (2018). Debemos reconocer nuestros fallos, así como la lentitud de los avances. Por ello, Irlanda ha actuado como punto focal oficioso en materia de conflictos y hambre desde que se incorporó al Consejo, a fin de promover las disposiciones de la resolución y tratar de que funcionen. Ahora, más que nunca, tenemos que demostrar voluntad política y hacer honor a nuestros compromisos.

Lo que es más importante, debemos tener la valentía de actuar para poner fin a los conflictos y deshacer

el ciclo de la inseguridad alimentaria asociada al conflicto. Es nuestra responsabilidad y nuestro deber. Prolongar la inacción política tendrá un costo devastador: un costo humano evitable e innecesario. Actuemos de consuno y actuemos ahora.

Dame Barbara Woodward (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Me sumo a los agradecimientos que otros colegas le dedicaron por la convocatoria del debate de hoy y doy las gracias a nuestros ponentes por sus esclarecedoras observaciones.

A principios de año, en el *Panorama global humanitario* de las Naciones Unidas, se alertaba sobre los niveles de inseguridad alimentaria sin precedentes existentes el mundo, a raíz de la tormenta perfecta creada por la enfermedad por coronavirus, la crisis climática y los conflictos.

El Yemen afronta un nivel de inseguridad alimentaria catastrófico por quinto año consecutivo. En todo el Sahel, los refugiados están sufriendo debido al aumento de la violencia y la limitación del acceso a la ayuda humanitaria, mientras que en el Cuerno de África, sobre todo en Etiopía y Somalia, millones de personas afectadas por el conflicto deben lidiar, además, con la peor sequía de los últimos 40 años.

Rusia hizo caso omiso de ese sufrimiento cuando optó por invadir Ucrania, el granero del mundo. Las exportaciones de alimentos y fertilizantes ucranianos permitían alimentar hasta a 400 millones de personas en todo el mundo. Ahora, Rusia está asfixiando una parte crucial de la cadena mundial de suministro de alimentos. En todo el mundo, 13 millones de niños que pasan hambre se encuentran ya al filo de la supervivencia; 2 millones de ellos se enfrentarán este año a la inanición.

Como nuestro Ministro explicó ayer, el Reino Unido apoya plenamente la Hoja de Ruta para la Seguridad Alimentaria Mundial impulsada por los Estados Unidos y la Alianza Mundial para la Seguridad Alimentaria presentada durante la Presidencia alemana del Grupo de los Siete. Contamos con los alimentos y los recursos necesarios para ayudar a los más vulnerables, pero debemos actuar ya.

En primer lugar, la comunidad internacional debe facilitar la libre circulación de alimentos. Junto con más de 50 miembros de la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Reino Unido se ha comprometido a mantener la apertura, la previsibilidad y la transparencia de los mercados alimentarios y agrícolas. Todos los

miembros de la OMC deben prohibir las restricciones a la exportación de los productos que se adquieran para el Programa Mundial de Alimentos.

En segundo lugar, es fundamental que fortalezcamos la resiliencia mundial para evitar futuros riesgos de hambruna. Tal como se establece en la estrategia de mi país para el desarrollo internacional, que se presentó esta semana, el Reino Unido apoyará a los países más vulnerables con más de 3.500 millones de dólares de ayuda humanitaria en los próximos tres años.

La institución británica de financiación para el desarrollo, British International Investment, ampliará las inversiones sostenibles y de alta calidad, incluso en los sectores alimentario y agrícola. El Banco Mundial debe cumplir rápidamente sus planes encaminados a fortalecer las economías débiles distribuyendo 170.000 millones de dólares en los próximos 15 meses.

Por último, los agentes sobre el terreno deben estar a la altura de sus responsabilidades en virtud del derecho internacional humanitario. Seguiremos procurando que quienes utilizan el hambre como arma de guerra rindan cuentas por ello.

Esta crisis global provocada por el hombre requiere de una respuesta global colectiva. El Reino Unido se solidariza con los países vulnerables y desempeñará su papel. Ahora Rusia debe desempeñar el suyo: poner fin al conflicto y a las conmociones globales que está infligiendo a los más pobres del mundo.

Sr. Nebenzia (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Nos congratulamos de la participación en la sesión de hoy del Secretario General, Sr. António Guterres, del Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), Sr. Qu Dongyu, y del Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos (PMA), Sr. David Beasley. Les doy las gracias a todos ellos por sus exposiciones informativas. Asimismo, celebramos la participación de un gran número de distinguidos representantes de varios Estados Miembros de las Naciones Unidas en la sesión de hoy.

Recientemente, la tendencia más evidente en la evolución de la cultura política de los Estados occidentales ha sido su esfuerzo por culpar a Rusia de todo. Desde el comienzo de nuestra operación militar especial en Ucrania, hemos observado prácticamente un incremento cualitativo en las acusaciones por las que se sugiere que Moscú es culpable de todo.

Las historias relacionadas con la seguridad alimentaria han sido uno de los principales ámbitos de

acusación que se vierten contra Rusia. La sesión de hoy es una ilustración elocuente de ello. Tras escuchar a mis colegas, parece que queremos matar de hambre a todo el mundo y que solo ellos y Ucrania se preocupan supuestamente de salvar la vida de los hambrientos. Tal vez esa idea sea bonita, pero es absolutamente falsa.

Recordemos que la amenaza de una crisis alimentaria mundial no ha surgido este año, y que la posibilidad de un hambre de magnitudes bíblicas y de una tormenta perfecta las mencionó un participante en la sesión de hoy, a saber, el Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, Sr. David Beasley, en 2020. En ese momento, 155 millones de personas de 55 países se enfrentaban a amenazas críticas en materia de seguridad alimentaria, y entre las razones que se aducían para ello estaban los conflictos, los fenómenos meteorológicos extremos y las turbulencias económicas.

Lamentamos que nuestros colegas de los Estados occidentales miembros del Consejo de Seguridad no se hayan atrevido a formular observaciones sobre las causas profundas de las crisis alimentaria y de otro tipo en otros países como el Afganistán, el Iraq, Libia o Siria.

Se estima que el número de personas que corren potencialmente el riesgo de padecer hambre en la actualidad es de 193 millones de personas. El 10 de mayo, en nombre del Grupo de Respuesta a la Crisis Mundial de la Alimentación, la Energía y las Finanzas, la Secretaria General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Sra. Rebeca Grynspan, afirmó que no había un problema de déficit material de alimentos en el mundo, sino que el problema radica en el sistema de distribución.

Los expertos en los mercados de cereales añadieron que un factor en este sentido es también la rápida subida de los precios, y eso no es nada nuevo. Con arreglo a los datos de los mercados de valores, el crecimiento interanual del precio del trigo solo en 2021 fue del 25 % y, en febrero de este año, los precios eran un 60 % superiores a la media de los últimos cinco años.

Entre los motivos de esa situación, los principales expertos adujeron, en primer lugar, las consecuencias de la pandemia de enfermedad por coronavirus en lo que respecta a la interrupción de la cadena de suministro, así como el encarecimiento de los fletes y los seguros. También está la cuestión de la inversión financiera de lucha contra la crisis en las economías, en cuyo marco los Estados Unidos, la Unión Europea y el Japón gastaron más de 8 billones de dólares, lo que impulsó la demanda y provocó un aumento de la inflación.

En ese contexto, tenemos también las guerras comerciales ya existentes y el conflicto de larga data en la regulación de los mercados agrícolas. Como resultado, las existencias almacenadas de alimentos se encontraban en sus niveles más bajos en el período comprendido entre los últimos 5 a 10 años, lo que hizo subir los precios de los alimentos, así como los costos relacionados.

Sin embargo, los países occidentales también absorbieron todas las corrientes comerciales, lo que empeoró una situación que era ya de por sí complicada para los países en desarrollo dependientes de las importaciones. Hay un factor importante a este respecto, y es la rapidísima transición a la energía verde que se está imponiendo en todo el mundo, en vez de una transición energética gradual y meditada, así como la politización sin tapujos de la cooperación energética por parte de algunos países. El resultado, consiguientemente, es el rechazo desmedido a los proyectos energéticos y el fuerte aumento del precio de los productos energéticos. El precio del petróleo en los mercados de valores en el período comprendido entre 2020 y 2022 aumentó más del 22 %, y eso afecta al gasóleo para las máquinas agrícolas y a la gasolina para el transporte de productos agrícolas, así como a la electricidad para la industria alimentaria.

También se produjo un aumento récord del precio del gas. En diciembre de 2021, el precio al contado del gas superó la barrera psicológica de los 2.000 dólares por 1.000 metros cúbicos, y ello a pesar de que Rusia había aumentado su oferta. La consecuencia directa de ello fue que, ya en diciembre de 2021, se produjo un aumento sin precedentes de los precios de los fertilizantes minerales. Los precios de la urea y los nitratos se multiplicaron entre un 350 % y un 400 %, y los de otros tipos de abonos entre un 250 % y un 300 %. Un aumento del precio de los fertilizantes conlleva un aumento del precio de los cereales.

Una parte importante del problema fue la especulación en los mercados de futuros occidentales de productos alimentarios, que también provocó un aumento de los precios de los productos básicos, como el trigo, el maíz y las legumbres. Además, no hay que olvidar la difícil situación meteorológica de los últimos años, por ejemplo, en los Estados Unidos, el Canadá, Australia y Francia.

Como puede ver, Sr. Presidente, ninguno de esos factores clave fue culpa de Rusia, y sin embargo esos factores sentaron las bases de la situación actual de los mercados agrícolas. Sin embargo, en las declaraciones de nuestros colegas occidentales no se ha dicho prácticamente nada de estas cuestiones y, por supuesto, no se

han mencionado las sanciones económicas ilegales unilaterales que están asfixiando a toda una serie de países.

Todo aquello en lo que han insistido hoy es en que consideran que la operación militar especial que Rusia está llevando a cabo en Ucrania está amenazando al mundo entero con el hambre, pero todo lo que sucedió antes de ello, y que acabo de mencionar, según la lógica de nuestros colegas occidentales simplemente no tiene ningún valor y no juega ningún papel. Es obvio que ese tipo de mentiras e invenciones descaradas pueden tener un efecto en un público desprevenido, pero ciertamente no en expertos serios.

La verdad es que se han dejado llevar por sus intentos inútiles de destruir la columna vertebral de la economía rusa a toda costa y de aislar a nuestro país. No estoy refiriéndome, a este respecto, a las inevitables consecuencias destructivas para sus propias economías. En última instancia, no podemos hacer nada para corregir su empeño obsesivo por dispararse en el pie o incluso en ambos pies.

Las consecuencias de esas políticas sobre sus mercados internos son algo de lo que tendrán que responder ante sus propios contribuyentes y sus propios votantes. Lo que estoy queriendo decir a este respecto es que, en el contexto de esta guerra subsidiaria contra Rusia en Ucrania que están inflando activamente, lo que están haciendo, en esencia, es subyugar al mundo en desarrollo y empujarlo hacia el hambre.

Digan lo que digan en este Salón, ellos son los únicos que pueden hacer algo para cambiar esta situación, y les explicaré por qué. Afirman que supuestamente Rusia está impidiendo que los productos agrícolas salgan de Ucrania por mar. Sin embargo, la realidad es que es Ucrania, y no Rusia, la que sigue bloqueando 75 buques extranjeros de 17 países en los puertos de Nikoláyev, Jersón, Chornomorsk, Mariúpol, Ochákov, Odesa y Yuzhne, y también es Ucrania la que ha sembrado de minas las aguas del mar Negro.

Habida cuenta de lo antedicho, ¿cómo se puede hablar de extraer los cereales del país? Todos los días, las fuerzas armadas rusas abren corredores humanitarios que constituyen una vía segura para la circulación de buques hacia el suroeste, desde las aguas territoriales de Ucrania. Sin embargo, Kiev sigue intentando no colaborar con los representantes de los Estados extranjeros propietarios de esos buques para proporcionar una salida segura a esos buques bloqueados hacia una zona de reunión. También existe el peligro para la navegación y las infraestructuras que plantean las minas ucranianas

no ancladas que flotan a la deriva en las costas de los Estados del mar Negro.

Rusia está haciendo todo lo posible para garantizar la seguridad de la navegación civil en el mar Negro y el mar de Azov. Comunicamos esa información a los dirigentes de las Naciones Unidas todos los días. Como puede ver, Sr. Presidente, Ucrania no está realizando ningún esfuerzo de este tipo, y está claro que, sin resolver esta cuestión, no cabe plantearse exportar los cereales desde Ucrania por mar.

En esas condiciones, las entregas de productos agrícolas y fertilizantes procedentes de Rusia y Belarús podrían desempeñar un papel positivo.

En estas circunstancias, las entregas de productos agrícolas y fertilizantes de Rusia y Belarús podrían desempeñar un papel positivo. Sin embargo, surgió otra barrera artificial en cuanto a nuestras exportaciones, que fue creada por los propios países occidentales, a saber, las medidas coercitivas ilegales y unilaterales que impusieron a nuestros dos países. Estaban perjudicando al sector agrícola, incluso antes de los recientes acontecimientos en Ucrania. Después del 24 de febrero de este año, comenzó el verdadero caos. Hasta ahora, se han impuesto más de 10.000 sanciones solo a nuestro país. El resultado ha sido la interrupción de las rutas de transporte, una crisis logística, amenazas de retrasos y prohibiciones a los barcos rusos de entrar en los puertos, problemas con los fletes y los seguros y restricciones de las transacciones comerciales internacionales, por nombrar solo algunas cuestiones. Al mismo tiempo, las dificultades con los pagos bancarios perjudican no solo a los importadores privados vulnerables, sino también a los organismos humanitarios. También se dice que el PMA se ha visto afectado. Eso por no hablar de las amenazas de sanciones a nuestro sector energético por parte de Occidente, que siguen desestabilizando los mercados.

No hay que mencionar las llamadas exenciones de sanciones que aparecieron debido a la dependencia de los agricultores occidentales de los fertilizantes rusos y belarusos. Los bancos y las empresas intimidados por los Gobiernos sancionadores siguen viéndose obligados a un exceso de cumplimiento, lo que retrasa o, a menudo, anula las transacciones. Los expertos internacionales, incluidos los analistas de la FAO, también ven otros riesgos derivados de las sanciones, como las posibles dificultades con las entregas de productos relacionados con la producción agrícola a Rusia, lo que podría repercutir en la próxima cosecha.

No obstante, quisiera afirmar que nuestro país sigue siendo un proveedor responsable tanto de alimentos

como de energía. El Secretario de Estado, Sr. Antony Blinken, citó al Vicepresidente del Consejo de Seguridad de Rusia, Sr. Dmitry Medvedev, pero distorsionó la esencia de su declaración. Omitió que el Sr. Medvedev hablaba de no entregar alimentos a los Estados no amigos que nos impusieron sanciones. No hay ningún Estado no amigo entre los que están expuestos al riesgo de inseguridad alimentaria. Son nuestros amigos, y les suministraremos alimentos, tal como dijo el Sr. Medvedev. Este año, esperamos una cosecha de trigo récord. En este sentido, podemos ofrecer 25 millones de toneladas de grano para su exportación a través del puerto de Novorossiysk desde el 1 de agosto hasta finales de año. También pueden analizarse otras compras, teniendo en cuenta el hecho de que de junio a diciembre, las posibles exportaciones de fertilizantes serán de al menos 22 millones de toneladas. No obstante, si los países no quieren levantar las sanciones de su elección, ¿por qué nos culpan a nosotros de la crisis alimentaria? ¿Por qué los países y las regiones más pobres deben sufrir sus irresponsables juegos geopolíticos? En esas circunstancias, los intentos de atribuirnos la culpa de esta situación sin justificación no solo son absurdos, sino también ofensivos. Quisiera preguntar al Sr. David Beasley sobre la situación relativa a la adquisición de alimentos rusos por parte del PMA y su entrega a los países necesitados en el contexto de las sanciones mencionadas.

Asimismo, tengo que mencionar la situación con respecto al grano ucraniano. Según los medios de comunicación ucranianos, incluso antes de que comenzara la operación militar especial rusa en ese país, Ucrania cumplía entre el 60 % y el 90 % de su potencial de exportación para la campaña 2021-2022, en función del tipo de cultivo. Al mismo tiempo, la mayor parte del trigo alimentario disponible —unos 13 millones de toneladas— se había exportado ya a finales de 2021, lo que, según la prensa ucraniana, provocó una escasez y un aumento de los precios del pan. Debería haber más reservas de maíz. Sin embargo, sus principales compradores no están en absoluto expuestos a riesgos relacionados con la seguridad alimentaria; más bien, son los países de la Unión Europea los que compran más de un tercio de los suministros. En ese contexto, los llamamientos que han hecho varios funcionarios occidentales para que se acelere la exportación de grano desde Ucrania, francamente, son desconcertantes.

No abordaré la perspectiva obvia de morir de hambre en ese país. Corresponde a las autoridades de Kiev reflexionar al respecto. Surge otra pregunta razonable: ¿a dónde se destinan esos suministros y qué tienen que

ver con la seguridad alimentaria en el mundo? Quisiera volver a preguntar al Sr. David Beasley si ha habido envíos humanitarios de grano ucraniano a través del PMA desde febrero. Por lo que sabemos, no los ha habido. Sin embargo, si creemos las declaraciones de los políticos y los medios de comunicación occidentales, el grano se envía activamente fuera del país, tanto en tren como en barcaza por el Danubio. ¿A dónde va? Tenemos la sospecha razonable de que el grano no está destinado a los hambrientos del Sur Global, sino que se vierte en los graneros de los países europeos. Así, entendemos, es como Ucrania está pagando las armas suministradas por Occidente. Algo similar ya ocurrió en la historia de Ucrania. En febrero de 1918, las tropas alemanas y austríacas entraron en territorio ucraniano, al parecer para protegerse de la Rusia soviética, de acuerdo con el Gobierno de su Consejo Central. A cambio, Kiev se comprometió a suministrar alimentos a Berlín y Viena, lo que supuso el envío de 37.000 vagones de provisiones.

Agradeceré que nuestros colegas occidentales, en particular los Estados Unidos de América y la Unión Europea, refuten públicamente la teoría sobre el grano a cambio de armas, expuesta hoy por muchos expertos, y, al mismo tiempo, expliquen de qué manera esos suministros contribuyen en realidad a reforzar la seguridad alimentaria mundial que según alegan tanto les preocupa.

Para concluir, quisiera comentar dos declaraciones del Secretario de Estado, que acusó a Rusia de bloquear Mariúpol y dejar morir de hambre a la población local, y comparó ese argumento con el bloqueo de Leningrado. Los propios habitantes de Mariúpol tienen numerosas pruebas de que los combatientes de Azov les quitaban la comida según la conocida tradición nazi. Nuestros militares estaban proporcionando ayuda humanitaria corriendo un gran riesgo personal, pero nuestros oponentes siguen haciendo oídos sordos a esos testimonios.

Por último, los Estados Unidos piden que se adopten medidas colectivas y mencionaron la reunión que algunos ministros tuvieron ayer, dedicada a la crisis alimentaria. Esto es muy indicativo del deseo de los Estados Unidos de fomentar las coaliciones de intereses en lugar del multilateralismo, donde se pueden tomar las decisiones que los Estados Unidos necesitan, en lugar de buscar las soluciones de avenencia que todos necesitan.

Sr. De Rivière (Francia) (*habla en francés*): Doy las gracias al Secretario General, al Sr. Beasley, al Sr. Dongyu y a la Sra. Menker por sus exposiciones informativas.

Las cifras hablan por sí solas: el año 2022 marcará un récord desfavorable en cuanto al número de personas en situación de inseguridad alimentaria debido a los conflictos, la pandemia de enfermedad por coronavirus y el cambio climático. Las regiones del Sahel y del lago Chad, Sudán del Sur, el Cuerno de África, el Yemen, Siria y el Afganistán son las más afectadas.

Sin embargo, la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania es también una guerra contra la seguridad alimentaria mundial. Está contribuyendo a aumentar el riesgo de hambruna en el mundo.

Rusia intenta hacernos creer, ahora de nuevo, que son las sanciones adoptadas contra ella las que están desestabilizando la seguridad alimentaria mundial. No obstante, seamos claros: no hay sanciones contra el sector alimentario. Rusia es la única responsable.

Es la guerra injustificada e injustificable de Rusia la que impide a Ucrania exportar su producción agrícola, interrumpiendo las cadenas de suministro mundiales y haciendo subir los precios, poniendo en peligro la accesibilidad de los productos agrícolas para los más vulnerables. La continuación de los combates amenaza la agricultura en Ucrania y las próximas cosechas.

La respuesta más urgente y eficaz a la crisis alimentaria mundial es el cese inmediato de las hostilidades y de la agresión rusa, así como la retirada de los efectivos rusos del territorio ucraniano.

Deben reanudarse las exportaciones de alimentos por mar desde los puertos ucranianos, hoy bloqueados por la guerra. Pedimos a Rusia que ofrezca las garantías necesarias en ese sentido. Francia apoya los esfuerzos del Secretario General para permitir la exportación de estas mercancías, así como las iniciativas de la Unión Europea para permitir su transporte por tierra.

Hay que reforzar la cooperación internacional para contrarrestar los riesgos de hambruna y prevenir los efectos desastrosos de esta guerra. Por ese motivo, Francia respalda plenamente la iniciativa puesta en marcha por el Secretario General a través del Grupo de Respuesta a la Crisis Mundial de la Alimentación, la Energía y las Finanzas, creado por las Naciones Unidas.

También por ese motivo, Francia, en su calidad de país que preside el Consejo de la Unión Europea, ha lanzado la iniciativa de la Misión de Resiliencia Alimentaria y Agrícola, que cuenta con el respaldo del Consejo Europeo. Su objetivo es regular mejor los mercados, garantizar el suministro a los países más vulnerables y, por último, promover sistemas alimentarios sostenibles.

Hacemos un llamamiento a todos los agentes públicos y privados interesados para que se sumen a esa iniciativa.

Francia sigue aumentando su contribución financiera a la ayuda alimentaria, que este año alcanza los 114 millones de euros, lo que representa un aumento del 241 % desde 2018. También se moviliza a través de sus contribuciones a organizaciones internacionales, proyectos dirigidos por la sociedad civil y la acción de la Agencia Francesa de Desarrollo.

Francia seguirá adoptando medidas para contrarrestar las repercusiones negativas que tiene la guerra de Rusia contra Ucrania en la seguridad alimentaria mundial.

Sr. Costa Filho (Brasil) (*habla en inglés*): Quisiera comenzar agradeciendo al Secretario General, al Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos (PMA), al Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y a la Directora General de Gro Intelligence sus exposiciones informativas elocuentes y sombrías, que dan cuenta en su totalidad de la urgencia del tema. Por ello, agradezco a los Estados Unidos que hayan facilitado este debate de alto nivel en el día de hoy.

Los conflictos armados y el hambre interactúan de forma compleja y múltiple. Los conflictos interrumpen las cadenas de suministro y los mercados de alimentos, afectan las infraestructuras esenciales para el comercio y la distribución y generan desplazamientos de tierras hasta ese momento productivas, mientras que el hambre puede aumentar las controversias por los recursos disponibles y empeorar la inestabilidad política y social.

No es casualidad, por lo tanto, que la mayoría de las personas con subalimentación crónica vivan en países afectados por conflictos, o que las personas que padecen hambre aguda debido a los conflictos representen cerca de tres cuartas partes de ese tipo de países. Muchos de esos países, como el Yemen y el Sudán, que ya estaban a la cabeza de la inseguridad alimentaria mundial, afrontan riesgos cada vez mayores para garantizar un suministro asequible de trigo, maíz, otros alimentos básicos y fertilizantes.

Las cadenas internacionales de suministro y producción de alimentos ya estaban sometidas a considerable presión hasta el punto de ruptura por la pandemia. La situación se ha agravado ahora por el conflicto en Ucrania. El conflicto afecta a Estados que contribuyen significativamente al suministro mundial de alimentos, combustible y otros insumos críticos, como los fertilizantes, todo lo cual tiene una incidencia directa en la inflación.

El conflicto también está afectando a las infraestructuras básicas y aumentando el precio de los seguros.

El Brasil es uno de los países que también ha llamado la atención sobre el riesgo de que las medidas económicas unilaterales adoptadas por varios países contribuyan a seguir distorsionando el flujo de alimentos. Lo hacemos de forma coherente con nuestro enfoque desde el inicio del conflicto, en el sentido de que nuestros esfuerzos se emplearían mejor en trabajar en soluciones conjuntas a los problemas que en señalar con el dedo.

A la vez que reconocemos que las sanciones no se han aplicado a los alimentos ni a los fertilizantes, afirmamos que es innegable que las medidas económicas unilaterales impuestas tienen una incidencia secundaria en el funcionamiento de los mercados a través de las sanciones en los aspectos financieros y logísticos del comercio agrícola, aumentando así los costos y dificultando la disponibilidad de alimentos y fertilizantes. Parece algo inútil tratar de resolver las dificultades actuales mientras se niegan esos efectos secundarios. También es fundamental recordar que son los países en desarrollo los más afectados, especialmente los más vulnerables, y que están perdiendo el acceso a mercados y proveedores de alimentos vitales.

Como han señalado repetidamente la FAO y el PMA, la inseguridad alimentaria no es un subproducto de la escasez de alimentos, sino de la falta de asequibilidad y acceso. A corto plazo, los donantes internacionales deben movilizar recursos adicionales para apoyar a los países más afectados. Los países también deben abstenerse de acumular innecesariamente reservas de alimentos, evitar las barreras que restringen el comercio, como las restricciones o prohibiciones cuantitativas a la exportación, y abstenerse de imponer medidas unilaterales que puedan poner en peligro la capacidad de un país para participar en los mercados agrícolas internacionales libres.

El Brasil se siente preocupado por el crecimiento exponencial de las subvenciones agrícolas en los países desarrollados y en desarrollo que ya son grandes potencias agrícolas. Como ha demostrado la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, las políticas de apoyo a los precios de mercado suelen dar lugar a una reducción de los ingresos reales y del acceso a los alimentos. Los consumidores pobres sufren una carga desproporcionada.

A largo plazo, debemos garantizar un sistema comercial verdaderamente universal, basado en normas, abierto, no discriminatorio y equitativo. También

debemos redoblar nuestros esfuerzos para invertir en innovación y tecnología, que son clave para intensificar la agricultura y la cría de ganado de manera sostenible y con base en la ciencia. Por ello, nos complace formar parte de la iniciativa Misión de Innovación Agrícola para el Clima, centrada en promover la innovación y las inversiones en agricultura sostenible para los próximos años.

En el frente humanitario, debemos garantizar que los organismos internacionales estén adecuadamente equipados y financiados para que los suministros de alimentos puedan llegar a quienes más lo necesitan, especialmente en el caso de situaciones de conflicto. Desde hace más de 50 años, el PMA ha prestado asistencia directa a muchos países, y, sin embargo, afronta limitaciones presupuestarias y de suministro debido al aumento de los precios de los alimentos y al número cada vez mayor de personas que necesitan ayuda. Reiteramos nuestro llamamiento a los países donantes para que aumenten la financiación y las donaciones en especie a los organismos con sede en Roma en apoyo de los países en situación de conflicto armado.

Sin embargo, la ayuda alimentaria de emergencia no puede ser una solución permanente. En algún momento, los países afectados por los conflictos tendrán que volver a los mercados internacionales y organizar sus sistemas alimentarios y cadenas de suministro para evitar que se repita el ciclo hambre-conflicto. Para ello, necesitarán una financiación adecuada y específica para poner en orden su suministro nacional, así como la creación de capacidades y la transferencia de tecnología. Nos sentimos sumamente orgullosos de nuestra larga asociación con el PMA y la FAO para promover la cooperación trilateral Sur-Sur, particularmente en países afectados por conflictos.

Las partes que se ven implicadas en los conflictos deben cumplir la resolución 2417 (2018) y hacer valer el derecho internacional humanitario. Eso significa condenar la utilización del hambre como herramienta de guerra y abstenerse de ella, así como proteger las infraestructuras críticas para la producción, el almacenamiento y el transporte de alimentos y activos agrícolas. Los civiles no solo deben estar protegidos, sino que también deben poder acceder a los suministros de alimentos, de conformidad con el artículo 25 de la Declaración Universal de Derechos Humanos y con el artículo 54.2 del Protocolo Adicional I de 1977 y el artículo 14 del Protocolo Adicional II de 1977 de los Convenios de Ginebra de 1949.

Está claro que la seguridad alimentaria necesita un enfoque que abarque toda la sociedad. En numerosos

casos, las organizaciones de la sociedad civil son las que pueden tender un puente entre los gobiernos y las personas obligadas a vivir en situaciones precarias. Además, estimamos que el sector privado, incluidas las pequeñas y medianas empresas y los pequeños agricultores, puede ser un catalizador de la inversión y la innovación.

Debemos romper el círculo vicioso de la inseguridad alimentaria y los conflictos armados y redoblar nuestros esfuerzos para alcanzar nuestro objetivo de hambre cero para 2030.

Sr. Zhang Jun (China) (*habla en chino*): Doy las gracias al Secretario General Guterres, el Director General Qu Dongyu y el Director Ejecutivo Beasley por sus exposiciones. Asimismo, he escuchado con atención las observaciones de la Sra. Menker. La situación actual en materia de seguridad alimentaria descrita en las exposiciones informativas es sumamente preocupante y perturbadora. Por ello, hay que tomar en serio las recomendaciones propuestas.

La seguridad alimentaria debe tener la máxima prioridad, ya que tiene que ver con el bienestar de las personas y con sus medios de subsistencia. Además, constituye un desafío de larga data para la comunidad internacional. La pandemia de enfermedad por coronavirus, los fenómenos meteorológicos extremos, la recesión económica y los conflictos geopolíticos son factores que han contribuido al drástico incremento de los precios de los alimentos, lo que ha acentuado aún más el desequilibrio entre la oferta y la demanda. A raíz de ello, los países en desarrollo se han visto particularmente afectados.

Tenemos que mantener la calma y la objetividad y adoptar medidas prácticas para abordar de manera integral la cuestión de la seguridad alimentaria. Debemos ocuparnos, en su debido momento, de los obstáculos y las interrupciones que afectan a las cadenas de producción y suministro de alimentos y hacer frente conjuntamente al desafío de la seguridad alimentaria mundial.

En primer lugar, es preciso que reforcemos nuestra coordinación para estabilizar el mercado alimentario mundial. La crisis alimentaria actual es una consecuencia de la reducción del suministro, la interrupción de la logística y, sobre todo, la subida de los precios. Para solventar las carencias de abastecimiento, la comunidad internacional debe trabajar de consuno para diversificar los suministros alimentarios y preservar el buen funcionamiento del comercio internacional de productos agrícolas. Es importante que los productos agrícolas y los fertilizantes procedentes de Ucrania, Rusia y Belarús

vuelvan al mercado internacional. Acogemos con beneplácito la labor del Secretario General en ese sentido.

En el contexto de la globalización, cualquier pequeña alteración de la cadena de suministros se transmite con rapidez, lo que tiene un efecto dominó. Usar la interdependencia económica como arma no hará más que crear dificultades artificiales e incrementará riesgos a nivel local. Abogamos por la pronta eliminación de las restricciones a la producción y la exportación de alimentos derivadas de las sanciones unilaterales, a fin de asegurar el funcionamiento ininterrumpido y fluido de la producción y el suministro de alimentos. El Banco Mundial calcula que, por cada punto porcentual de subida de los precios alimentarios, 10 millones de personas de todo el mundo entrarán en una situación de pobreza extrema. Los principales países exportadores de alimentos y los países con grandes sectores alimentarios tienen la responsabilidad compartida de luchar contra el acaparamiento con fines de lucro, limitar la especulación financiera, infundir estabilidad y confianza en el mercado y controlar la subida progresiva de los precios de los alimentos.

En segundo lugar, debemos ampliar la asistencia de emergencia para que los países vulnerables puedan hacer frente a la situación. El año pasado, experimentaron inseguridad alimentaria unos 193 millones de personas en 53 países; este año, la situación no hará más que empeorar. Cuando las personas no tienen suficiente para comer, surgen los problemas sociales e incluso de seguridad. En estos momentos, varios países ya experimentan disturbios sociales asociados a la situación alimentaria, lo que constituye una novedad preocupante. El Afganistán, Siria, el Líbano y los países del Cuerno de África y del Sahel dependen en gran medida de las importaciones alimentarias. La comunidad internacional —en particular, los países desarrollados— debe aumentar las aportaciones de alimentos y la prestación de asistencia de emergencia, al tiempo que proporciona ayuda oportuna y específica a los grupos vulnerables, como las mujeres y los niños.

Es importante que se garantice el acceso humanitario a los organismos de socorro internacionales. La balanza de pagos de muchos países se encuentra bajo presión por la subida de precios de los alimentos. Las instituciones financieras internacionales y las economías desarrolladas deben fortalecer las políticas de apoyo financiero para los países en desarrollo que experimentan dificultades especiales. Un país en concreto debería adoptar políticas monetarias responsables, teniendo plenamente en cuenta los efectos indirectos de los ajustes

que introduce en sus tipos de interés, a fin de evitar que la carga del servicio de la deuda sea aún mayor para los países en desarrollo afectados, lo que debilita aún más la capacidad de estos para adquirir alimentos.

En tercer lugar, tenemos que impulsar una transformación profunda del sistema alimentario mundial y mejorar su resiliencia. Como sucedió con las numerosas crisis alimentarias que han venido estallando desde el siglo XX, la crisis actual vuelve a poner de manifiesto los problemas estructurales del sistema alimentario mundial. El modelo de oferta y demanda vigente en el mundo se caracteriza por una producción de alimentos muy concentrada en unos pocos países, junto con la dispersión geográfica de los países consumidores. Ello hace que el equilibrio entre oferta y demanda de alimentos sea sumamente vulnerable a los fenómenos meteorológicos extremos, las pandemias, los conflictos armados y otros factores imprevistos causantes de emergencias.

Para mejorar la resiliencia del sistema alimentario mundial a fin de que pueda encarar mejor los riesgos, es crucial contar con una perspectiva estratégica a largo plazo y ayudar a los países en desarrollo a mejorar su capacidad de autosuficiencia, aumentar los insumos agrícolas y rurales, acelerar el progreso de la ciencia y la tecnología agrícolas, mejorar la infraestructura agrícola y ampliar la disponibilidad de alimentos.

Los tres organismos de las Naciones Unidas con sede en Roma y las instituciones financieras internacionales deben aprovechar sus respectivos puntos fuertes y desempeñar un papel activo en la labor de análisis de la situación, asesoramiento sobre políticas y coordinación de la ayuda, con miras a prestar mayor apoyo a los países en desarrollo. Los países desarrollados deben reducir las trabas comerciales y técnicas y ofrecer más ayuda a los países en desarrollo, en forma de capital, tecnología, acceso a los mercados y creación de capacidades, cumpliendo así con el papel que les corresponde en la consolidación de un sistema mundial de suministro de alimentos justo, abierto y eficaz.

La práctica tradicional de los países desarrollados de conceder grandes subvenciones agrícolas ha agravado el desarrollo desigual del mercado internacional de alimentos, lo que desincentiva a los países en desarrollo a la hora de recurrir a la producción de cereales. Es un asunto al que debemos prestar mayor atención y al que debemos dar solución. Además, para impulsar la transición energética, los países desarrollados están recurriendo a la fabricación a gran escala de biocombustible

derivado del maíz y la soja, lo cual, objetivamente, genera también una competencia con la demanda mundial de alimentos. Tenemos que buscar una estrategia más integrada y equilibrada a ese respecto.

China siempre ha situado entre las grandes prioridades de su gobernanza nacional la provisión de alimentos para su población. Como país que cuenta con el 9 % de la tierra laborable del mundo, alimentamos a casi una quinta parte de la población mundial total. Hemos erradicado la pobreza absoluta que aquejó a nuestro país durante miles de años. Además, hemos ayudado a otros países en desarrollo a mejorar su capacidad de producción agrícola mediante nuestros programas de ayuda exterior y de cooperación Sur-Sur. China ha puesto en marcha la Iniciativa para el Desarrollo Mundial, que considera la seguridad alimentaria como un aspecto fundamental de la cooperación. Ello aportará una contribución positiva a la respuesta al desafío que plantea la seguridad alimentaria mundial.

Para concluir, quiero subrayar que las crisis que afronta el mundo actual son múltiples. No hay crisis mayor que la prevalencia de las políticas basadas en la hegemonía y el poder, que plantean graves desafíos para la equidad y la justicia internacionales. El Presidente de China, Xi Jinping, ha señalado que el futuro de todos los países está estrechamente interrelacionado. Debemos optar por el diálogo en lugar de la confrontación y derribar muros en lugar de levantarlos. Debemos buscar la integración en lugar de la disociación y optar por la inclusión en lugar de la exclusión, al tiempo que basamos la reforma del sistema de gobernanza global en los principios de equidad y justicia.

En este tiempo plagado de riesgos y de crisis, iniciar una nueva Guerra Fría, causar una confrontación entre bloques y buscar la disociación en los ámbitos económico, científico y tecnológico no resolverá ningún problema. Por el contrario, no hará más que traer más agitación al mundo. Lo que el mundo realmente necesita es un multilateralismo auténtico, con medidas coherentes, ejemplares y responsables por parte de las principales Potencias y con una cooperación mundial igualitaria e inclusiva, en la que todos participemos y colaboremos.

El Presidente (*habla en inglés*): Deseo recordar a todos los oradores que deberán limitar sus declaraciones a una duración máxima de cuatro minutos a fin de que el Consejo pueda llevar a cabo su labor con diligencia. La luz de los micrófonos parpadeará para indicar a los oradores que deben concluir sus intervenciones cuando hayan transcurrido cuatro minutos.

Tiene ahora la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán.

Sr. Zardari (Pakistán) (*habla en inglés*): Es para mí un honor representar a mi país como Ministro de Relaciones Exteriores en este foro. El Pakistán celebra este oportuno debate de hoy sobre la seguridad alimentaria mundial y los conflictos.

El hambre y la guerra han sido tristes realidades a lo largo de la historia. Aunque el mundo ha progresado en el fomento de la prosperidad, las causas sistémicas de los conflictos y la pobreza aún no se han superado. La desigualdad y la inseguridad son las características de nuestra época. En esta década de acción para lograr la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, hemos hecho frente, en cambio, a una serie de catástrofes: la pandemia de enfermedad por coronavirus, la recesión económica, el aumento galopante de los precios y la escalada de los efectos del cambio climático. Esas catástrofes han revertido el crecimiento mundial y, por primera vez en 30 años, han aumentado la pobreza y el hambre.

Entretanto, con el aumento de las rivalidades entre las grandes Potencias, a menudo el diálogo político se ha congelado y el Consejo de Seguridad ha estado paralizado con frecuencia. Los viejos conflictos se han enconado y han surgido otros nuevos, lo que ha erosionado el mecanismo del orden mundial establecido hace 76 años en los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

De hecho, las Naciones Unidas se fundaron con ese propósito exacto: solucionar conflictos, poner fin a las guerras, lograr la paz y luchar contra el hambre, la pobreza y la desesperación. Alrededor del 80 % de los 800 millones de personas desnutridas y de los 40 millones que se enfrentan a la hambruna viven en países asolados por conflictos o que están saliendo de ellos. Ayer mismo participamos en la reunión ministerial sobre el Llamamiento a la Acción para la Seguridad Alimentaria Mundial. Esa iniciativa contribuirá en gran medida a solucionar las crisis inmediatas de seguridad alimentaria, y hay que agradecer el liderazgo que subyace a esos esfuerzos humanitarios. El Llamamiento a la Acción contribuirá a aumentar la producción de alimentos, mantener abiertas las cadenas de suministro y abordar los bloqueos, movilizar recursos financieros y agrícolas allí donde se necesiten, ayudar a los agricultores pobres a ampliar la producción local, y a mucho más. El Pakistán espera desempeñar su papel activo en este audaz Llamamiento a la Acción. También esperamos que las Naciones Unidas asuman el liderazgo para abordar las causas fundamentales de la inseguridad alimentaria y los conflictos.

La población de Ucrania pasa hambre a consecuencia del conflicto actual. Alrededor del 95 % de la población del Afganistán está en riesgo de padecer pobreza como consecuencia directa del conflicto. Los habitantes de los territorios ocupados de Palestina y del territorio de Jammu y Cachemira ocupado por la India están constantemente atrapados en un conflicto perpetuo. Están padeciendo arbitraria e inhumanamente una miseria inmensa, incluida el hambre. Cachemira se ha convertido en un símbolo de la disfunción de esta institución y del Consejo. Las medidas adoptadas por la India el 5 de agosto de 2019 y el 5 de mayo de 2022 en el territorio ocupado ilegalmente de Jammu y Cachemira no solo constituyen un asalto al pueblo de Cachemira, sino un asalto a las Naciones Unidas, al Consejo de Seguridad y a sus resoluciones y al Cuarto Convenio de Ginebra. Ponen de relieve la inacción de este organismo mientras se socava el estatuto controvertido —reconocido internacionalmente— de la región y mientras se convierte a la mayoría musulmana de Cachemira en una minoría en su propia tierra, en su propio hogar. Ello hace que los jóvenes de Cachemira se pregunten quién solucionará el conflicto. ¿Quién les traerá la paz que les prometieron? Retamos a quienes se preocupan por la seguridad alimentaria a que solucionen el conflicto de Cachemira, abran las puertas a la paz en el sur de Asia y comprueben cómo los agricultores del Pakistán y la India pueden alimentar al mundo.

Hasta aquellas personas que no están directamente involucradas en un conflicto pagan el precio de la guerra. El conflicto en Ucrania provocará que muchas personas en todo el mundo sufrarán inseguridad alimentaria y correrán el riesgo de pasar hambre. El Pakistán dependía en gran medida del trigo y los fertilizantes de la región. Nuestros agricultores están sufriendo, y también nuestro pueblo. El precio de estos conflictos se paga en el surtidor de gasolina y en la tienda de comestibles. Para todos aquellos que tienen dificultades para llegar a fin de mes, las cosas se han vuelto mucho más difíciles.

Estamos inmersos en la pandemia más mortífera de nuestro tiempo. Han muerto millones de personas, y siguen muriendo más. Las consecuencias sanitarias y económicas de la pandemia durarán más allá de la propia pandemia. Nuestros continentes se hundirán. Nuestro planeta está amenazado. ¿No es el momento de alzarse por encima de los conflictos humanos y de hacer frente a las amenazas de la humanidad?

Se dice que la historia se repite, primero como tragedia y luego como farsa. Se dice que cuando las nuevas guerras terminan, vuelven las antiguas. Al final de la

Guerra Fría, contemplamos el comienzo de lo que iba a ser la nueva guerra. Se abandonó al Afganistán, y de las ruinas surgieron los talibanes, Al-Qaida, el extremismo y el terrorismo. Actualmente, el Afganistán corre el riesgo de ser abandonado de nuevo, y nos encontramos al borde de lo que muchos temen que pueda ser una nueva era de conflicto entre grandes Potencias.

El Pakistán ha sentido de cerca los costos de la guerra. Estamos extenuados por el conflicto. Acabábamos de ser testigos de cómo, tras décadas de conflicto, finalmente el diálogo y la diplomacia constituyeron la senda para su conclusión. Basándonos en nuestra propia experiencia, hacemos un humilde y respetuoso llamamiento al Consejo para que despliegue el diálogo y la diplomacia en la búsqueda de la paz antes, y no después, de que estalle la próxima gran guerra.

Si salvamos a otra generación de la humanidad de la miseria del conflicto comprobaremos como una nueva generación despliega su verdadero potencial. Podemos estar a la altura de los desafíos de nuestro tiempo. Podemos ser la generación que acabe con el hambre. Podemos ser la generación que salve nuestro planeta. Podemos ser la generación que rompa el ciclo, si el Consejo nos lo permite.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores de Rumania.

Sr. Aurescu (Rumania) (*habla en inglés*): Rumania encomia la iniciativa de los Estados Unidos de convocar un debate abierto sobre este tema tan oportuno, especialmente en las nefastas circunstancias actuales generadas por la brutal, injustificada y no provocada agresión militar ilegal de la Federación de Rusia contra Ucrania.

Rumania es el Estado miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y de la Unión Europea que comparte la frontera más larga con Ucrania. Hemos estado en primera línea, respondiendo a la crisis humanitaria causada por la invasión. Desde el comienzo de la guerra, más de un millón de refugiados han cruzado la frontera ucraniano-rumana, y Rumania ha ofrecido apoyo humanitario en todo momento. Desde marzo está en funcionamiento un centro humanitario de recogida y distribución de ayuda humanitaria internacional, cerca de la frontera rumano-ucraniana. También hemos respondido a las peticiones internacionales de facilitación de ayuda a Ucrania. Por ejemplo, respondimos rápidamente a la petición del Programa Mundial de Alimentos de establecer una presencia en Rumania para facilitar la ayuda de emergencia a Ucrania.

Las consecuencias de esta guerra irracional son multidimensionales, y la necesidad de garantizar la seguridad alimentaria se torna cada día más evidente. Ya estamos haciendo frente a los retos de la producción y la exportación y al aumento de los precios. Los costos de importación de alimentos y energía ya han alcanzado niveles récord. En un entorno con niveles elevados de estrés socioeconómico, el aumento de los precios de los alimentos podría generar efectos como el malestar social, ya que afecta principalmente a las personas con bajos ingresos.

No hay mejor momento para emprender medidas considerables con el fin de hacer frente a la inseguridad alimentaria. Es fundamental destacar la importancia de los sistemas alimentarios para avanzar en cuestiones relacionadas con el desarrollo climático, la financiación y otras prioridades mundiales. El mercado de los cereales ya se ha visto gravemente afectado tras la agresión rusa a Ucrania, debido a la cuota de mercado que tienen ambos países en el comercio mundial de cereales y semillas. La respuesta de las Naciones Unidas y de las instituciones financieras internacionales es esencial para garantizar la seguridad alimentaria mundial.

Como respuesta inmediata a este desafío, las autoridades rumanas están facilitando el tránsito de productos procedentes de Ucrania a través de los puertos de Galati, en el río Danubio, y Constanza, el mayor puerto en la costa del mar Negro. Rumania tiene una de las mejores posiciones geográficas para ser un centro de tránsito y exportación en ese contexto.

Estamos estudiando todas las soluciones posibles para garantizar un mejor acceso a los puertos rumanos del río Danubio y al puerto de Constanza. Desde el inicio de la invasión rusa de Ucrania, Constanza se ha convertido en la principal puerta de entrada de los envíos de grano ucraniano al exterior. Hasta ahora, se han exportado más de 240.000 toneladas de grano de Ucrania a través del puerto de Constanza.

Aprovecho la ocasión para subrayar la necesidad de realizar esfuerzos internacionales más amplios, como una coalición de voluntades, para movilizar todo el apoyo posible a fin de crear un corredor de transporte, incluido el acceso marítimo, para los productos ucranianos, especialmente el grano, hacia terceros destinos, incluso utilizando rutas a través de Rumanía como el puerto de Constanza.

Entre otras medidas de apoyo, las autoridades rumanas también han liberalizado las condiciones de transporte de las exportaciones ucranianas, en especial

de los productos agrícolas. Por lo tanto, Rumania contribuye de forma relevante a la estabilidad regional y mundial y a la seguridad alimentaria al apoyar la exportación de cereales ucranianos a los necesitados.

Como ejemplo de nuestra mayor implicación, a partir de 2023, Rumania acogerá un centro agrometeorológico regional para Europa, aprobado por la Organización Meteorológica Mundial. El objetivo principal del centro es apoyar una producción agrícola sostenible, y desempeñará un papel importante en los esfuerzos regionales de adaptación al cambio climático.

En cuanto a las acusaciones de Rusia, que acabamos de escuchar en este Salón, de que existe un supuesto “acuerdo” entre Occidente y Ucrania para entregar armas a cambio de grano, permítaseme recordar que no es la primera vez que Rusia profiere acusaciones de esa índole, totalmente falsas. Por ejemplo, el 1 de mayo, el Ministerio de Defensa ruso declaró que Ucrania estaba exportando masivamente grano a través de Rumania por carretera, el ferrocarril y el Danubio a cambio de armas

y municiones. El Ministerio de Defensa rumano rechazó rápidamente esas declaraciones por considerarlas falsas y una burda distorsión de la realidad.

Nuestras decisiones y acciones futuras deben ir encaminadas a establecer sistemas alimentarios seguros, accesibles y sostenibles a nivel mundial. Es fundamental que todos actuemos con mayor decisión a nivel mundial en el empeño de promover el enfoque de “Una sola salud”. Consideramos que mediante una acción firme de los Gobiernos del mundo, el sector privado y la sociedad civil podremos alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible y crear un mundo más resiliente y sostenible.

El Presidente (*habla en inglés*): Todavía quedan varios oradores en la lista para esta sesión.

Habida cuenta de lo avanzado de la hora, tengo la intención, con el beneplácito de los miembros del Consejo de Seguridad, de suspender la sesión hasta las 15.15 horas.

Se suspende la sesión a las 14.15 horas.